

Concursos de creación literaria 2022 y 2023

PREMIOS AL ARTE

Concejalía de Cultura del Ayuntamiento de Candelaria



La Concejalía de Cultura del Ayuntamiento de Candelaria publica esta recopilación de las obras presentadas a las ediciones del CONCURSO DE CREACIÓN LITERARIA de los años 2022 y 2023, todos de temática libre.

El contenido de todos y cada uno de los relatos publicados es responsabilidad de sus autores.

Por respeto a la creación y libertad literaria, los relatos han sido publicados tal y como los ha recibido la organización, sin corrección ni variación alguna. Incluidas posibles faltas de ortografía o errores gramaticales.

Edita: Ayuntamiento de Candelaria

Depósito legal: TF287-2024

Alcaldesa **María Concepción Brito Núñez**

Concejal de Cultura **Manuel Alberto González Pestano**

“Escribir es la manera más profunda de leer la vida”

Francisco Umbral

Índice CONCURSO DE CREACIÓN LITERARIA 2022

Cristal líquido	7
Raíces	9
El cosmos danza	11
Aquellos días	13
Arroró de mi dormir	14
Callejón de cartas	16
El amor de Océano	18
El túnel de las hadas	20
Ella	22
Envite al destino	24
La bodega de papá	26
La pesadilla interminable	28
La súcuba	30
La tejedora	32
Las flores digitales	34
Los días luminosos	36
Malpaís	37
María Esther	38
Mi novia platónica	40
Midas Mungold	41
Musa	43
Ojos de gato	45
Ópera insólita	47
Palabras de Sabina	49
Restaurante al lado del río	50
Vidas ajenas	52

Me acercaba sigiloso hasta el borde. Apoyaba la cabeza siempre sobre misma piedra del barranco y empezaba a escudriñar todo. El cielo quedaba congelado en un inmenso espejo. Pero, junto a aquella imagen celeste, bullía también un ejército de extraños seres despreocupados, que removían la superficie creando, de vez en cuando, tenues oleadas de ondas concéntricas que hacían bailar a las gregarias lentejas de agua. Adolescentes renacuajos solitarios ramoneaban entre las burbujas de algas verdes filamentosas que surgían del fondo. Cientos de larvas diminutas de mosquitos latigueaban sus cuerpos pareciendo huir de sí mismas. Parejas de libélulas, de cuerpo rojo granate, ejecutaban vuelos nupciales patrullando casi a ras del agua, con un mínimo movimiento de sus alas iridiscentes de membranosos cristal. Alegres alispas aterrizaban ocasionalmente entre los ñames, para picotear en el barro, moviendo arriba y abajo sus inquietas colas.

Pero nada era comparable a las orgullosas ranas de San Antonio. Aquellas que croaban insistentemente inflando las gargantas, que nadaban gráciles, que saltaban al agua al menor peligro, que trepaban ágiles los esbeltos juncos, que aguardaban inmóviles el paso de una presa, que buceaban hasta desaparecer en el tenebroso fondo. En ellas todo era perfecto; la gelatinosa piel verde esmeralda, los grandes ojos saltones, el diseño de palanca de las ancas, la inmensa boca y la extraña lengua que guardaba, las diminutas ventosas de sus escuálidos dedos.

A mi alrededor pululaban incontables anotaciones con dibujos bosquejados de lo que yo creía que nadie había descubierto aún de un lugar como aquel.

Las horas se me escurrían, como agua ente los dedos, intentando descubrir los enigmas de aquel fabuloso mundo perfecto, donde todo parecía encajar, donde nada estaba de sobra. A menudo perdía la noción de tiempo, absorto ante su deslumbrante belleza.

Sin embargo, nadie acertaba a entender mi fascinación por aquella olvidada charca. Llegaban a decir que estaba perdiendo el tiempo, que no sabían cómo soportaba el hedor del agua estancada putrefacta y toda aquella pegajosa humedad. Pero para mí no había nada mejor que aquel exuberante circo acuático perfumado con los aromas de la propia naturaleza.

Allí observé las sucesiones fugaces de los ciclos de las estaciones, contemplé curiosas metamorfosis, distinguí elaboradas estrategias vitales, descubrí increíbles adaptaciones, vi asombrosos cambios. Entendí lo que significaba la lucha por la vida y el sentido fatal e inevitable de la muerte.

Pasados los años comprobé, con cierta tristeza, que todos los secretos de mi charca ya habían sido descubiertos antes, y que aparecían incluso en los libros de texto de ciencias de los últimos cursos de la escuela.

Pero no fue un tiempo perdido, porque sé que siempre perteneceré a Chacorche.

2º PREMIO 2022

Relato: RAÍCES

Autor: CARLOS DAVID DARIAS MARRERO

“Hola, soy Druig Medan, código #78J91MF3NT_, ¿es usted la cazadora de reliquias?”

“Código de confirmación de identidad en orden. Encantada de conocerle señor Medan, aquí la cazadora de reliquias, Sua, en adelante, si es tan amable”

“Desde luego; me alegra poder conocerla al fin, ¿hacemos el intercambio?”

“Enseguida, señor Medan, aunque si me disculpa la curiosidad, ¿qué lugar es este?”

“La basílica del pueblo...lleva casi tres siglos sumergida, desde la Gran Crecida, que se tragó todas las ciudades y pueblos pesqueros de la época” - dijo Druig Medan mientras caminaban por el interior.

“Es... sobrecogedor, como si hubiéramos viajado en el tiempo” - comentó Sua, maravillada por el diseño interior del solemne edificio - “¿Para qué se empleaba?”

Druig Medan sonrió con ternura. “Era un lugar de culto, de reverencia, que congregaba cada año a miles de creyentes”

“Creyentes... ¿eruditos?” - preguntó Sua.

“Algunos lo serían, desde luego, pero en aquella época la palabra se usaba de un modo algo diferente” - aclaró Druig.

“¿Y en qué creían?” preguntó Sua mientras tendía la caja metálica con el decodificador de cierres a su cliente, que la depositó con mucho

cuidado en el suelo, retirando cada precinto con exquisita meticulosidad antes de abrirla con una expresión de infinita gratitud.

“¿Da el encargo por satisfecho? - preguntó Sua con cautela - “Es lo que pude encontrar; un retal de tela, la cabeza de una estatua tallada en madera y dos cubiertos elaborados a partir de esa misma madera”

“Es cuanto necesitaba-asintió Druig con satisfacción-... la cabeza de la estatua, la madera de los cubiertos y eso que llama retal, formaban parte antaño de una talla, con forma de mujer, de tez morena y gentil semblante, profundamente venerada en esta comunidad, y por todas las islas. Para muchos, ha caído en el olvido, pero con la información que sigo reuniendo cada día sobre nuestros antepasados y la talla de vuelta en su lugar, Nueva Candelaria puede recuperar por fin sus raíces”

A Sua todo esto le sonaba confuso, y lo único que atinó a decir, dada su naturaleza impertinente, fue:

“¿Y no le molestaría saber que casi todos la han olvidado?”

Druig Medan alzó la vista hacia la cúpula de la Basílica, donde una pintura desvaída de aspecto antiquísimo contaba un relato imposible; una mujer brillando sobre las aguas furiosas, conteniendo el océano hasta que el último habitante de la ciudad consigue ponerse a salvo, tierra adentro.

“Ella nunca nos olvidó a nosotros” -zanjó Druig, inclinando la cabeza mientras entonaba un ensalmo que Sua no fue capaz de reconocer.

Ya sé que un manicomio no es el mejor lugar para ser visitado por las Musas. Aun así, me voy recuperando con lentitud. Me deprimía el pensar en cualquier asunto. Las constelaciones, cuyas estrellas muertas hace cientos de años maravillan aún, me quemaban. Mostrándose tan cercanas y vivas como si acabaran de encender su antorcha gigante. Ah, ¿te he hablado de los cipreses? Aquí, en Saint Paul, hay muchos y los veo ondulantes, como una danzarina javanesa. Hasta la luna se ha hecho sol en su metamorfosis. Hermano ¿me crees loco?

Es junio, un céfiro entibia el labio. Y tú eres bueno, profundamente, sin razón. Por carácter. Los antiguos juntaban las estrellas en grupos (esas largas noches sin lámpara ni libro), e incluso les atribuían funciones premonitorias y mitológicas. Ya sabes que mi dormitorio está orientado al este, así como su ventana. Tiene barrotes de hierro, invisibles para mí cuando lo bello surge al otro lado.

He mirado mucho y ahora estoy pintando en el taller, ya que el doctor lo permite. ¿Es un campo de trigo? Tú creías en Dios, hermano. ¿Se halla Dios en creciente, como la luna? No estoy ya agitado, como tú me viste. Es la Naturaleza, en la pequeñez de abajo y en la infinitud de arriba, quien se retuerce. Soy absorbido por el Cosmos.

Pensarás que el ciprés es símbolo de muerte. No es así. Desde los persas simboliza la vida y la grandeza; en los monasterios, la inmortalidad del alma.

El azul ha de ser Prusia y el amarillo limón, como en un cuadro sacro. El oro y el firmamento.

¿Verás algún día esta obra? Al menos mira las estrellas del cielo, en cuanto te llegue la carta, Theo, hazme ese favor de comunión entre nosotros.

Tu hermano,

Vincent van Gogh

Relato: AQUELLOS DÍAS

Autor: VICENTE PÉREZ MASEDO

Detestables los días en los que desconocemos la evidente certeza de las caricias. Detestables los días en los que el alma se sumerge en el inhóspito círculo de las incertidumbres. Y en los que las manos desfallecen como una brújula perdida. Y en los que las palabras se utilizan para apaciguar lágrimas. Y en los que un sufrimiento extendido y avasallador se instala en nuestros corazones como una llamarada insaciable.

Lánguidas y luminosas mañanas rotas, esas mañanas, cristal desnudo hecho pedazos, en que el miedo eligió ser dictador y regla. Y fue fértil en la ciudad, como en todas las ciudades, y flotó múltiple, líquido, rabioso a aullidos, en las plazas perplejas y en las desprevenidas avenidas y en los rascacielos altivos y en los abrumados hospitales y en las vacías fábricas y en los parques y en los columpios abandonados por los niños y en cada una de las casas como un invasor desmemoriado que quisiera aprender meticulosamente la geografía de su última conquista.

Odiosos los días, aquellos días, en que era imposible no pensar en la muerte.

Relato: ARRORRÓ DE MI DORMIR

Autora: PATRICIA JUZGADO BARQUERO

Mi abuela siempre hablaba de las raíces:

- Mi niño, aunque tú te marches ahora a la península a estudiar, tú no te olvides de tus raíces. Eso tira mucho, tú no te olvides de dónde eres. Tengo un regalo antes de que te marches, pero no sé si eso se puede subir al avión. Tú ya sabes que yo nunca me he subido en uno de esos, pero digo yo que ese cacharro tendrá espacio ¿no?

No podía sino reírme a la vez que me sentía culpable, porque si ahora empezaba para mí una época de muchas primeras veces, para mi abuela era una época de muchas últimas veces.

El regalo no ocupaba mucho. Me lo había envuelto en el papel de las pasadas navidades.

Ella siempre guardaba todas esas cosas. Nos decía que no se podía malgastar que estaba la vida muy mala. Cuando abrí la caja no supe de primeras lo que era. Pertenezco a esta generación que cada vez tiene menos idea de su cultura.

- Es un timple mi niño, era de tu abuelo.

Tenía una nota que decía:

“Folías, tristes folías, alma del pueblo canario, voces de guanches que suenan todavía en esos campos.

Folías, tristes folías, arrorró de mi dormir, arrorró, arrorró de mi dormir, sin oírlas nuevamente, no me quisiera morir”

- Abuela, yo no sé cómo se toca esto, y tampoco sé cantar. No puedo aceptarlo porque no sabré apreciarlo. Que yo voy a estudiar derecho abuela, que de música no tengo ni idea.

- Hazme ese favor mi niño y llévatelo, quiero que lo tengas tú, aunque nunca lo sepas tocar, pero me hace ilusión que pase a tus manos.

Me marché con un sabor amargo, por la tristeza que había en las palabras de mi abuela.

Y me llevé el timple.

Y le hice una promesa a mi abuela desde el asiento del avión, pero no la pude cumplir.

En el último estertor de mi abuela, despegaba mi avión para volver a casa a despedirla, esta vez para siempre.

- No tuve tiempo abuela, pero ¿sabes? Creo que no se me da mal. Escucha.

Relato: CALLEJÓN DE CARTAS

Autor: PATRICIA JUZGADO BARQUERO

Lo que más le gustaba del mundo a Ancor de 6 años, era pasar todas las horas posibles con su abuelo Bentor. Era su ejemplo, su referente y a quién más quería en la vida.

Cada vez que paseaban por la calle Obispo Pérez Cáceres (o, calle de la Arena, como la llamaba el abuelo) dirección a la Basílica, Ancor hacía siempre las mismas preguntas.

Se soltaba de la mano de su abuelo, se paraba, ponía los brazos en jarras, le miraba y le preguntaba:

- Abuelo entonces ¿tú jugabas aquí?

- Sí Ancor – contestaba.

Entonces ahí, Ancor echaba a correr hasta la siguiente parada donde haría la próxima pregunta:

- En este callejón pasabas las mañanas ¿no abuelo?

Ancor estaba parado en el Callejón de Cartas, expectante, esperando la respuesta de su abuelo, para poder moverse al siguiente punto. Pero esta vez, observó algo raro en la mirada de su abuelo. ¿Tal vez era tristeza? Ancor no lo sabía bien. Sus padres siempre le decían que tenía que dar nombre a sus sentimientos y emociones, que no había nada de malo en estar enfadado o triste, porque en la vida había que pasar por todos los estados. Entonces se convenció de que sí, de que aquello que querían decir los ojos de su abuelo es que estaban tristes.

- ¿Qué te pasa abuelo, estás triste?

- No no, Ancor hijo tranquilo, estoy bien.

- Abuelo yo te conozco mucho y sé que estás triste. ¿Necesitas un abrazo?

Y Bentor, conmovido por el ofrecimiento de Ancor, se agachó, no sin sentir las molestias típicas de la edad que tenía, y aceptó el abrazo de su nieto.

Ancor ignoraba a qué se debía la tristeza de su abuelo, porque sí, eso era lo que su abuelo sentía: pena, anhelo, volver a su infancia, a perderse por esa calle, por el pozo, o echar carreras con sus amigos y alejarse, a riesgo de ser castigados.

El detonante de su pena fue observar que ya no estaba el nombre del Callejón de Cartas.

Sintió morir algo por dentro. Eso era un recuerdo de su niñez y a la vez, de la niñez de su nieto, porque era uno de los puntos donde paraban en sus paseos por ella calle. Lo que Ancor aún no sabía, es que ahí Bentor con 13 años, besó por primera vez a la que sigue siendo, la mujer de su vida: Guaci, la abuela de Ancor. Ahora es Bentor el que no sabe a quién preguntar, porque, antes o después su nieto le hará la pregunta a él:

- Abuelo ¿dónde está el cartel con el nombre del Callejón de Cartas?

Relato: EL AMOR DE OCÉANO

Autor: GARA HERNÁNDEZ DÉNIZ

Había una vez una luna llamada Selene que daba vueltas alrededor de un planeta y no sabía por qué.

El planeta se llamaba Océano. Océano creía que era él el que daba vueltas alrededor de Selene aunque Océano si sabía porque lo hacía. Desde siempre Océano había estado secretamente enamorado de Selene aunque nunca se lo había dicho. De hecho, nunca había dicho nada a nadie porque tenía la boca llena de agua. A veces intentaba hablar, pero de su boca solo salían burbujas. O si se esforzaba y gritaba, olas. Pero hasta su rugido más atronador era incomprendible para los demás. Sin embargo, aunque no pudiese hablar era feliz porque se deleitaba viendo a su amada. Y así ambos danzaban en un baile eterno.

Un día cayo una estrella fugaz del cielo. Meteoro, un pequeño asteroide, dejó una enorme cicatriz en el costado de Océano. El planeta no se lo reprocho porque el pequeño asteroide estaba enfermo cuando se cayó de los brazos de su madre. O eso le dijo el pequeño después. Meteoro tenía lo que se conocía como fiebre estelar. Por fortuna para él la cura se encontraba en las aguas de Océano.

Cuando el cuerpo del pequeño asteroide se enfrió en contacto con las frías manos del planeta, se recuperó.

Meteoro intento regresar a su hogar de un salto, pero aún era demasiado pequeño y no tenía las fuerzas suficientes debido a que aún estaba convaleciente. Océano le invito a quedarse en la cicatriz que le había hecho como si fuese su casa. Así podría recuperarse, crecer y tener más posibilidades la próxima vez que intentase dar el salto a su verdadero hogar. Meteoro acepto la generosa invitación del planeta. Ambos se entendían de maravilla. Océano estaba inmensamente feliz de poder

comunicarse con alguien por primera vez en su vida, pues el pequeño hablaba su idioma.

Había pasado un año desde que Meteoro vivía en el planeta cuando otra cosa cayó en el costado de Océano. Esa cosa era un trozo de metal de extravagantes formas al que algunos seres de la galaxia llamaban nave espacial. De aquel amasijo de metal salió ilesa una niña. La niña se llamaba Estela.

Estela era una niña muy inteligente que había aprendido casi todos los lenguajes que existían, entre ellos el idioma universal del amor, que como todo el mundo sabe es el idioma que hablan los cuerpos celestes, por lo que pudo comunicarse con Océano y Meteoro. En poco tiempo todos se hicieron amigos. Estela, hija de ingenieros en su planeta natal, tenía transistores con lo que también podía hablar con Selene pese a la distancia que las separaba. Así fue como la luna supo que Meteoro se encontraba bien con su padre y que pronto regresaría a casa.

Así, gracias a los ingenios de esta niña, la familia planetaria pudo reunirse por fin en un abrazo cósmico. Estela reparó su nave y volvió a su hogar sabiendo que siempre tendría unos agradecidos amigos en el universo.

Relato: EL TÚNEL DE LAS HADAS

Autor: MARÍA PILAR PIÑEIRO OTERO

El día no resulta soleado como se esperaba. Hay nubes, pero con esa luz blanquecina que te obliga a cerrar los ojos y a graduar su apertura. La ruta en coche, con la capota baja, consigue que se sienta ese grado de libertad que por unos momentos hace dejar todo atrás y levantar el vuelo de dos amigas que se admiran, compartiendo risas y llantos. Es sábado, casi verano. Son las nueve de la mañana.

Chelo, todo el camino, habla y habla de esa foto que quiere hacerse allí; la foto perfecta que pondrá en su perfil, en Instagram. Silvia desea complacerla y no contrariarla, a pesar de que son muy diferentes. Silvia no entiende esas modas absurdas de publicarlo todo, pero lo respeta porque comparten juntas momentos estupendos. Han llegado a ese lugar de la foto ideal para Chelo. Se respira verde, huele a tierra húmeda — una mezcla de tierra roja y marrón — y a hojas secas. En definitiva, las embriaga el intenso perfume del bosque.

Cae esa lluvia fina de rocío que impone su belleza en lo que empapa. A ambos lados se levantan dos paredes verticales y paralelas gigantescas de colores, repletas de musgos diferentes: verde oscuro, claro, marrón, naranja. Una luz se filtra desde el cielo colándose por las finas ramas formando un arco, un abrazo que causa ese efecto de túnel mágico de las hadas. La mezcla del bosque húmedo y el silencio, solo interrumpido por el trinar de pájaros, lo convierten en un momento único... Se miran y deciden dar un paso adelante y adentrarse en el túnel. — ¿Te atreves? — dice Chelo. — Me atrevo — dice Silvia.

El primer disparo de la cámara lo cambia todo. Chelo percibe que algo pasa en su cuerpo. Ya no es ella, ¡ahora ella es Silvia! Silvia siente lo mismo, ¡ahora Silvia es Chelo! Con el cuerpo intercambiado, por unos instantes, cada una es consciente de la vida vivida por la otra. Durante

un breve lapsus cada una recorre y vive todas las experiencias de su amiga: momentos alegres y no tan alegres, pero sobre todo aquellos que nunca se cuentan, los que más duelen, los que no se olvidan. Las dos experimentan contracciones musculares y un leve mareo con sensación de vértigo. De pronto, alguien, de lejos, saca una foto con flash rompiendo la magia de ese trance. Las dos amigas se giran para mirarse sin comprender que ha pasado. Sus miradas se traspasan y se abrazan, con ese abrazo que, sin palabras, lo dice todo, con miedo de perderse la una a la otra.

Sí vas al túnel de las hadas elige bien quien te acompañará. El viaje será corto, pero intenso. Nada volverá a ser igual.

Relato: ELLA

Autor: JUAN LORENZO COLLADO GÓMEZ

Fue mi madre la que estuvo cogiendo mi mano durante tantos días cuando estuve en coma después del accidente de motocicleta y la que estaba hablándome cuando abrí los ojos después de esas horas de vacío.

No recordaba nada y escuché su voz calmada relatarme las cosas que habían sucedido durante los días que eran un espacio carente de tiempo para mí.

Me acercaba la cuchara hasta que pude hacerlo yo, puso en los labios el agua y me provocó alguna sonrisa con sus ocurrencias mientras, estoy seguro, sufría al verme en aquellas condiciones y eso que siempre me advertía: “Ten cuidado”, cada vez que sacaba la moto y siempre esperaba mi regreso.

Me leyó cada tarde unas páginas de un libro.

Durmió en el incómodo sillón del hospital e hizo de aquella habitación su residencia hasta que me dieron el alta.

Ella estaba conmigo cuando el médico me dijo que ya no iba a caminar, pero que no perdiera la esperanza en un futuro impredecible porque la medicina y los nuevos avances tecnológicos me permitirían hacer una vida normal. La vi morderse los labios y apretar los dientes con fuerza para que no viera su congoja.

Al principio se sentó conmigo tras los cristales a mirar la calle, luego me acompañó por el pasillo de casa y un día me dijo que íbamos a la calle esa mañana.

Cada día fue la que empujó la silla de ruedas hasta el centro de rehabilitación donde hacía los ejercicios para reincorporarme a una vida que no fuera muy diferente a la de siempre.

Me acompañó a cada sesión hasta que consideramos que debía ir yo solo a realizar cualquier gestión o a pasear. Sé que siempre miraba desde la ventana hasta que no podía verme y, cuando comencé a realizar atletismo con las prótesis, procuró estar en las instalaciones para verme.

Hoy, cuando he acabado la carrera en el estadio olímpico, ha sido la que más ha llorado de emoción, aunque no haya ganado ninguna medalla.

Relato: ENVITE AL DESTINO

Autor: JUANMA RUÍZ SUÁREZ

El caganer del Belén, mal camuflado tras unas rocas de menor tamaño de lo que sería menester, se refleja en las bolas colgadas de un abeto de plástico verde que, además, soporta la carga y el calor de decenas de bombillitas esquizoides que titilan sin cesar. El resto de la casa no se escapa de este frenesí de decoración y aparece adornada con un sinfín de guirnaldas de colores chillones y tiras de serpentina brillante que llegan hasta el cuarto de baño. La pantalla del televisor está copada por la esfera de un reloj situado a cientos de kilómetros (tan parecido al que, de pie junto a la puerta, es el encargado de dar la hora durante el resto del año), esta sencilla imagen acapara la atención de todos los que, entre familiares y amigos, forman un heterogéneo y bien avenido grupo que se dispone a afrontar el reto que cada fin de año concluye, al tiempo que inaugura, el glosario de rituales a seguir durante los 365 días de rigor.

Como siempre hace ante tan trascendental momento, se mentaliza para lograr la proeza en los doce segundos estipulados, aspira una buena bocanada de aire durante el jolgorio del carillón, y comienza a engullir uvas tras la primera campanada del reloj de la televisión, procurando adelantarse incluso a las siguientes, intentando además discernirlas de las otras campanadas, las que proceden del reloj de pie junto a la puerta que, como buscando su porción de protagonismo, resuenan a su propio ritmo.

A pesar del caos sonoro, la ingesta de uvas resulta solvente, suficiente en cualquier caso para lograr la gesta. Sin embargo, y pese a lograr sustraerse a un primer conato de risas, una segunda oleada de carcajadas lo arrastra de forma irremediable para acabar escupiendo, antes de la duodécima, la mitad de las uvas que ya se había metido en

la boca, condenándose de tan poco agraciada manera a un nuevo año sin suerte.

Tras recuperarse de su atoramiento y percatarse del nuevo fracaso que habría de marcar el devenir de los siguientes doce meses, continúa sin mayor tránsito con las risas y se dispone a felicitar el nuevo año a todos los allí presentes.

Poco o nada le importa haber fracasado en su intento de engullir aquellas uvas contrarreloj. Después de todo, siempre le ha inspirado más confianza el desatino que el destino.

Relato: LA BODEGA DE PAPÁ

Autor: MARÍA PILAR PIÑEIRO OTERO

Todos los años un padre y su hija tenían una cita en la bodega; empezaba los viernes por la tarde y terminaba el domingo. La madre se ocupaba de lavar algunas botellas, sacar bolsas con todos los corchos y separar los que venían defectuosos. Así comenzaba el proceso de embotellar el sabroso vino Albariño y un tintorro gallego en la bodega de papá.

El cuerpo delgado de una niña de doce años se preparaba, como si de un ritual se tratase: una camiseta vieja, un pantalón largo, para evitar cortes de cristales, por si saltaban al romperse y un calzado cerrado para proteger sus pequeños y delgados pies. Recogía su pelo en una coleta alta para sacarla por la parte de atrás de la gorra verde. Preparaba los capachos con corchos dentro, con cuidado para que no se cayeran las botellas boca abajo, subida a un tronco de madera redondo de treinta y cinco centímetros de alto, hecho a medida por su padre, para que pudiera llegar a la máquina. Era viernes de un otoño gallego. Subida en su tronco de madera, la niña hacía bajar la palanca de la máquina verde y lentamente el corcho se iba introduciendo en el estrecho cuello de la botella. Así, entre botellas y corchos surgían las mejores charlas con mi padre. Aprovechaba para hacerle preguntas, y eso le hacía reír siempre: — Mi hija va para ministra — decía.

La sonrisa de mi padre era casi permanente. Me explicaba que en la vida hay dos clases de personas: las que nacen con coraje y mandan y los que no tienen coraje y tienen que ser mandados. Yo no entendía eso. Después de recoger con cuidado los cristales rotos y embotellar noventa y ocho botellas, mis brazos empezaban a flaquear. Mi madre me relevaba mientras mi padre seguía contando todo sobre esa maravillosa palabra “coraje”. Me contaba que con el coraje se consigue casi todo en la vida y yo no entendía el cómo. Entonces me narraba cómo había

dejado de ser un mandado para montar su propia empresa, con empleados, saliendo de la nada, y con muchos miedos de mi madre. Mientras me contaba hacía repaso de todos esos miedos, que no eran pocos y de todos los cambios vividos, con la consiguiente duda de una niña en la edad de las preguntas. Mi madre, sonriendo, no dejaba de mirarle con ojos de admiración. Yo intentaba asimilar aquello en mi pequeña cabeza, subida al taburete. Sentía el cansancio, pero también, sin saberlo, ese coraje del que hablaba mi padre, que me impedía parar. — Sin coraje no hay nada y sin nada no hay vida — decía mientras giraba la prensa por donde el vino caía en un ligero hilo al capacho gris.

Toda la producción de vino era manual y casero. Así crecí yo, creyendo que me había caído en un barreño, con la pócima de vino Albariño y que ese era el secreto del coraje.

El coraje y la bodega de papá convirtieron a esa niña en una mujer, con tanto coraje, que recuerda como tras recoger cristales rotos hay que seguir adelante.

Relato: LA PESADILLA INTERMIABLE

Autora: ALBA CABRERA BRITO

Abro los ojos. No recuerdo nada. Los párpados me pesan tanto como si alguien estuviera apretando para cerrármelos. Me incorporo rápidamente sobre la cama para no volver a quedarme dormida, y me froto la cara para terminar de despertarme.

Levanto la cabeza, pero entra una intensa luz por la ventana de enfrente que me ciega. Hay mucha claridad y apenas puedo ver lo que hay fuera, así que miro a mi alrededor.

Me encuentro en una pequeña habitación completamente blanca, tanto las paredes, como el escaso mobiliario, que está compuesto por la cama en la que estoy sentada, y una mesilla de noche vacía. No reconozco el lugar en el que estoy, ni sé cómo he llegado aquí. El corazón me late desbocado en el pecho, y el pánico me invade.

Por un momento pienso que aún estoy soñando, pues estoy segura de haber tenido alguna pesadilla que no recuerdo, y me encuentro muy agitada y nerviosa. Pero todo parece terroríficamente real.

Me levanto y me acerco a la puerta que hay al otro lado de la habitación, pero al intentar abrirla me doy cuenta de que está cerrada. Fuera se escuchan unos murmullos apenas imperceptibles. Es como si alguien estuviera hablando, pero no puedo entender lo que está diciendo. Parece que las paredes son tan gruesas que aíslan casi por completo el sonido. Comienzo a gritar desesperada, pero la misteriosa persona sigue con su retahíla interminable, como si no me escuchara. Me acerco a la ventana y, tapándome los ojos con la mano, intento ver que hay fuera. Se trata de un bosque con frondosos árboles, y un cielo brillante y cegador. El verde esmeralda del exterior contrasta fuertemente con la habitación blanca y fría en la que me encuentro.

De repente, escucho un horrible estruendo, y me doy cuenta de que se trata de la puerta, que ha sido abierta de forma tan brusca y rápida, que ha chocado con la pared. Tras unos segundos de incertidumbre, decido acercarme lentamente y salgo.

No hay nadie, pero se sigue escuchando el extraño murmullo. Frente a mí se extiende el inmenso bosque, que parece no tener fin. Empiezo a correr, buscando la forma de salir de este lugar que no conozco. Quizás haya alguna carretera, y pueda pedir ayuda a alguien. A medida que avanzo, la voz se hace más cercana, como si estuviera pisándome los talones. Entonces, comprendo la frase que está repitiendo una y otra vez: "Eres mía".

Por último, siento como si unas manos me agarraran por los hombros y me arrastraran a la habitación que acabo de dejar atrás. Abro los ojos. No recuerdo nada.

El demonio de Kira.

Kira despertó aquella mañana con una sensación lasciva que no se aproximaba a la imagen que tenía de sí misma. Ella era educada, seria, de niña de colegio de monjas. No puede quebrantar los buenos cánones. Es inconcebible. Su instinto depredador afloró súbitamente, salvaje, lobuna.

Durante un tiempo intento ignorarlo, no pensarlo, pero una súbita llamarada la impregnaba en los momentos más inoportunos ascendiendo desde la punta de los dedos, piernas, muslos hasta sus partes íntimas, entrepiernas, vulva y continuaba por las axilas los pechos las orejas hasta encrespar la punta de los pelos en la cabeza.

Sofoco que aparecía ante la exuberante cajera del supermercado que dejaba asomar tímidamente sus pechos bajo el ajustado uniforme de pico azul añil, en la misa, mantras el cura ofrecía el cuerpo y la sangre de cristo y el rictus de la boca dejaba al descubierto el ansia de alcohólico anónimo e incluso en el taxi tras la mirada escrutadora por el espejo retrovisor del taxista con olor a sudor rancio.

Atrapada y sorprendida se distanció de familiares y amigos atesorando aquella perversa necesidad.

Aquella búsqueda la llevó a merodear algunas noches por el barrio, observando a través de los cristales a personas desconocidas, acechando las escenas más sórdidas, peleas, gritos, portazos e inclusive agudizaba el oído cuando la noche cerraba y los muelles envejecidos chirriaban a la vez que traspiraban los susurros entre las sabanas.

Ella, aferrada a las paredes, casi arañando, pegaba su cuerpo a aquellos muros, codiciando traspasar el umbral, casi lo penetraba, lo menoscababa y estallaba en un espasmo sin control.

No sabe que es, no sabe dónde va, no hay respuestas ni consentimiento espiritual pero sus deseos se dilatan ante la tenebrosidad.

Solo algunas noches el cansancio apagaba sus ojos de hambre, cerraba su boca de hambre y su olfato mitigaba. De alguna manera tenía que proteger su nueva esencia, no quería seguir constreñida, torturada hostigada. Morir para vivir.

Y se forjo otra personalidad como un vestido nuevo de heroína de cómic, un vestido de sombras, erótico, negro de noche. Encubriendo su bipolaridad con una armadura dilatada para ocultar las proporciones del deseo.

Tenía que dejar nacer al depredador para completarse, sola, ante un mudo hostil y vacuo, como un depredador inhábil empezó a enfrentarse a la manada, aislando a sus víctimas de una en una, para ejecutar el sacrificio.

Relato: LA TEJEDORA

Autora: JUAN LORENZO COLLADO GÓMEZ

La araña teje el hilo y comienza a caer desde el techo.

La oscuridad inunda la habitación y apenas el brillo del hilo viscoso se adivina. A pesar de sus ocho ojos es el olfato el que la guía hacia su presa sobre cuya piel se posa con rapidez.

No da lugar a su presa a que se despierte. Clava el aguijón para narcotizarla con el veneno y comienza a tejer la tela alrededor del cuerpo con una velocidad asombrosa.

Primero cubre los ojos y sella la boca y sube con rapidez a la cabeza. Al llegar a la sien derecha clava nuevamente el aguijón y la respiración de la víctima se ralentiza.

Necesita que la carne capturada esté viva el máximo tiempo posible, que guarde su frescor y va enredando con su hilo cada miembro, cada porción de piel.

Sabe que el hombre se ha despertado e intenta abrir los ojos, pero la ponzoña le impide moverse mientras la araña, negra como la luz del interior de la habitación, va envolviéndolo de forma inexorable.

Ya ha terminado con todo el cuerpo y vuelve a la cara donde siente la respiración del hombre que está aterrorizado intentando mover unos músculos que no responden y solo advierte la carrera vertiginosa del animal que va de un lado a otro de su cara.

Quiere gritar, pedir socorro, abrir los ojos e intentar conocer a qué se enfrenta y entonces, cuando pasa sobre sus labios cree adivinar que es una araña, uno de esos animales por los que siente pánico desde niño, pero no puede hacer nada para escapar.

La araña sigue con su trabajo y va cerrando el capullo hasta que prácticamente ha terminado y entonces, ante el terror de la víctima, entra por uno de los agujeros de la nariz y cierra por completo el capullo.

Ágilmente llega hasta la boca donde pone los huevos y entonces descansa sabiendo que sus crías tendrán alimento hasta que puedan salir de caza.

Relato: LAS FLORES DIGITALES

Autor: MARGARITA OTERO SOLLOSO

Mis mejores momentos de la semana los pasaba con mi abuelo. Paseaba conmigo por el campo y me iba narrando cosas de su vida, de lo triste que era la guerra, de por qué nunca deseó tener un hijo varón (a causa de haber estado en el frente), de la naturaleza... Me desvelaba el nombre de cada planta, de cada árbol y de cada flor con la que nos cruzábamos, de cada insecto que se acercaba, de cada ave que cantaba. Aún no había llegado la era digital, pero mi madre y él eran mi Wikipedia. Mi abuelo me mostraba efectos, como las ondas que hacían las piedras al ser lanzadas a la ría, o las figuras de las nubes. Le encantaba ver mis ojos de asombro y a mí me fascinaba escucharle.

Me gustaba coger saltamontes y mariposas, pero más que nada grillos, afición que sacaba de quicio a mi padre, dado que los colocaba en una grillera y los ponía entre las plantas de mi madre, en el balcón, y en la noche no le dejaban dormir.

En el bosque, al lado de mi casa, volaban muchísimas mariposas gitanillas, con sus alas azules y sus puntos rojos. Eran bastante fáciles de cazar. A la edad de 7 años, yo no era consciente del daño que les causaba al asirlas, y sin querer, quitarles el polvo de sus alas, dificultando su vuelo.

Mi abuelo era como un mago para mí. Agarraba trozos de unas cañas verdes y los convertía en diminutas flautas, cogía flores de digital o dedalera y tapándolas por ambos lados, las hacía explotar entre sus dedos. Nunca conseguí hacer lo mismo con una de esas campanillas. Mis intentos estallaban, de modo silencioso, con mi frustración consiguiente y su risa bondadosa. Pacientemente me volvía a enseñar cómo se hacía y de nuevo yo volvía a fallar. Esa planta, de la cual ahora sé, tras haber estudiado enfermería, que se extrae la digoxina (fármaco

utilizado para patologías cardíacas), se convirtió en una de mis flores preferidas, desconociendo, irónicamente, que un día futuro sería mi corazón quién se rompiese, también en modo silencioso, y que las necesitaría para recomponerlo.

Relato: LOS DÍAS LUMINOSOS

Autor: VICENTE PÉREZ MASEDO

En apariencia nada había cambiado. Las palmeras levemente curvadas. El mar insolente, azul. Se dejó llevar por las olas, jugó feliz con ellas como si jugara con un cachorro obstinado e incansable. Su pálida cara pálida, su pelo rubio estaban tintados por las tonalidades del sol. Al salir del mar, en busca de la confortable toalla con la que su abuela la esperaba en la orilla, oyó algo que se contaban dos niños mientras elevaban meticulosamente un castillo de arena adornado con conchas. No lo creyó. Aun así, tuvo la necesidad de comprobar que no era cierto. Superó corriendo las concurridas sombrillas y la playa, desoyendo los gritos de su abuela, cruzó el breve espacio del paseo marítimo y se introdujo en aquella pequeña calle que a ella le pareció siempre mágica. Y supo que los dos niños no habían mentido. Habían cerrado el viejo cine. Laura corrió llorando hacia su abuela, con la que tantas luminosas y encantadas tardes de domingo de verano pasó allí, y le preguntó:

- ¿Y ahora los que vivían en la pantalla dónde vivirán?

Relato: MALPAÍS

Autor: MAGDALENA MARRERO MARTÍNEZ

Anoche soñé que se me caía un botón del ojal. Intenté cogerlo, pero cayó y se quedó atrapado en una grieta. Me agaché para ver a dónde había ido a parar, y observé cómo se precipitaba al vacío del acantilado. Sentí cómo mi cuerpo se volvía gelatina y se escurría por aquella oscuridad.

Me deslicé sin control por aquel abismo. Grité y grité, hasta que caí sumergiéndome en el mar. Todo estaba turbio, me faltaba el aire, así que me impulsé para alcanzar la superficie.

Con el primer aliento me percaté de que estaba en una playa, de esas a donde van a morir las ballenas. Me recordó a la de Samarines, de arena negra, caliente como el sol de nuestra tierra.

Por fin, igual que un pirata, tomé tierra. Me tumbé como un cristo vencido. Poco a poco, me fui incorporando y vi reflejarse en el horizonte escenas de mi pasado, de mi presente. Me veía a mí misma como en un espejo, observando una marina en donde las barcas salían a faenar. Pero mi futuro era una enorme ola que venía hacia mí. Me impulsé como un resorte, el cuerpo me temblaba y apenas podía tragar mi propia saliva pastosa.

Una masa de agua se precipitaba sobre la costa rugiendo, extendiendo su manto de espuma blanca. Me di la vuelta y descubrí una veredita que se adentraba en el malpaís. Entonces, empecé a caminar lentamente, y cada paso que daba era un latido de mi corazón, un recuerdo, un mal gesto por el que no pedí perdón, una decisión equivocada, una lágrima, un arrepentimiento por haber dicho que sí cuando quería decir no, un abrazo, el beso más sincero, la mentira más cobarde... Paso a paso me di cuenta de que estaba colocando el botón en su sitio. Sin pensarlo dos veces me di la vuelta y desperté.

Relato: MARÍA ESTHER

Autora: JUAN MIGUEL DOMÍNGUEZ PÉREZ

María Esther fue al colegio el tiempo suficiente para saber que pronto la sacarían para hacer algo tan práctico, como ir a cuidar cabras y a un sobrino mongólico (1). Y así fue. No tuvo tiempo para más. Aún estaba saliendo de niña cuando la llevaron a vivir a la capital a casa de unos tíos. Nada salvo de oídas sabía entonces de la cruz y del calvario, pero eso era lo de menos porque cuando la entregaron al primer hombre, recién había dejado las muñecas, supo que esta vez le sobraba tiempo para aprender. También con el segundo, y con el tercero. Después ya no le quedaron lágrimas que derramar. Aquella lección no fue fácil de asimilar, pero finalmente entendió lo del calvario. Así se la pasó hasta enamorarse por primera vez. Alquiló un piso en el barrio, entonces en los confines de un perfecto andurrial, y empezó a trabajar la noche por cuenta propia. Y de su novio, que resultó ser el chulo más gandul que le podía haber tocado, aunque, todo ha de decirse, la suerte en nada tuvo que ver con eso. De repente su casa se hizo muy popular. La más visitada del vecindario. Había momentos en que las colas llegaban del primer piso al portal de la calle. Alcanzar el final del zaguán ya se consideraba la antesala del éxito. Daba derecho a sentarse en el escalón y a librarse de ser consumido por el sol de media tarde. Ella estaba feliz. Solo cuando cuidaba cabras había experimentado esa plenitud reservada a aquellos cuya entrega alivia la vida de los demás. De sobra sabía que no era lo mismo una cosa que la otra, pero no se le ocurrió nada mejor para comparar. Puede que no lo hubiera, pensó sin que se le asomara el rencor. A veces no estaba del todo segura de estar viviendo un sueño, pero ¿Quién podía negarle la dicha de poder calentarse, aunque fuera al rescoldo de la luna? Creía con todas sus ganas que la vida le debía una y no quería desaprovechar la ocasión de cobrársela. Y en esas estaba. Todavía hoy le daba gracias a aquel perrero (2) tan guapo que la supo convencer para que se comprara, a

plazos, la primera televisión del barrio. Aunque le encantaban los niños, ni en sueños imaginó que, aunque fuera en blanco y negro, tuviese el poder de congregarse a tanto párvulo.

(1) Hoy estaría mal visto utilizar esa expresión, pero estoy hablando de ayer.

(2) Personaje muy popular en los barrios que vendía y cobraba a domicilio prácticamente de todo.

Relato: MI NOVIA PLATÓNICA

Autora: LUIS MIGUEL FOLGUERAS RODRÍGUEZ

La primera vez que la vi fue en la Estación central de Copenhague, esperábamos en andenes paralelos trenes en distinta dirección. Tendría ella unos cinco años, once recién cumplidos yo. Llevaba la letra “G” bordada en dorado en la solapa de su pequeño abrigo rojo y un gorro de lana a juego que apenas dejaba ver una corta melenilla rubia, casi albina, se llamaría quizás Gloria o Greta. A ella le dediqué mis poemas de senectud.

La segunda vez vino a rescatarme de una pesadilla que se alargó por semanas. Fue en la estricta soledad de una UCI en un hospital de España durante la pandemia, en 2020. Me contó durante días historias que aún hoy soy capaz de recordar. Susurró canciones nunca antes escuchadas, hasta quedarse dormida junto a mí. Desapareció cuando una mañana mis constantes vitales me devolvían al mundo.

La tercera bailaba radiante con los invitados en nuestra boda y alzó su copa brindando por mi felicidad.

No he vuelto a ver a mi novia platónica desde entonces, aunque cada noche dormimos abrazados.

Relato: MIDAS MUNGOLD

Autora: JUAN JESÚS SÁNCHEZ CAAMAÑO

De pequeño, Midas Mungold oyó decir: <<el tiempo es oro>>.

Se lo dijo su abuelo. Desde aquel momento, aquel preciso instante, una nueva obsesión nació en él. Al crecer, el joven Mungold llevó esa obsesión consigo, y no lo abandonó hasta el final de su larga vida.

Midas Mungold estudió con los mejores relojeros del mundo hasta convertirse el mismo en una eminencia mundial en relojería. Las piezas más apreciadas por los coleccionistas eran las realizadas en oro, por lo que en la relojería Mungold nunca faltaba dicho material. Había relojes de pulsera, relojes de bolsillo, relojes de pared, todos reluciendo como un sol radiante.

Al entrar en la tienda, el cliente común quedaba maravillado de la magnificencia del trabajo del relojero, y el cliente experto hallaba el grado de exigencia que estaba dispuesto a pagar.

Lo que ninguno de sus clientes sabía es que, de cada reloj, el relojero se comía una pieza. No una pieza esencial que dejase el reloj inservible, sino una que hiciese durar el reloj lo justo para ser reparado al acabar el periodo de garantía. Una medida que el señor Mungold utilizaba para tener clientes asiduos. Y, según él, cada pieza ingerida alargaba el valor de su tiempo.

Cada pieza era un segundo robado a la muerte. Sin embargo, al hacerse mayor, el relojero se encontraba cada vez peor. El sutil brillo dorado que sus ojos destilaban en su juventud se había transformado en un macilento color amarillo en su senectud. El señor Mungold decidió ir al doctor. El galeno le hizo cuantas pruebas se le ocurrieron y los resultados no dejaron lugar a dudas. El anciano señor Mungold oyó

decir: “Envenenamiento por oro”. El tiempo dorado del relojero tocaba los últimos tic-tac hacia su fin.

La inscripción de su lapida no dejaba lugar a dudas: Midas Mungold. El tiempo es oro y el oro roba el tiempo.

1

Aquel atardecer se grabaría para siempre en su memoria.

A ella creyó seducirla con su simpatía.

Él no pudo sustraerse al influjo de su belleza.

— ¡Hala qué bonito! ¿Me invitas a un té y un cruasán?

— ¿Ahora?

— Allí, en ese café que dibujas.

Ni siquiera intentó entender su propuesta.

Condujo toda la noche, mientras ella descansaba.

2

Comenzaba a amanecer cuando el coche descendía por la Calle de Alcalá. Al llegar a la Fuente de Cibeles se detuvo.

— Espérame en el café, en tu mesa. Le dedicó una enigmática sonrisa y se dirigió al Museo del Prado.

Ya en El Gijón pidió un té y un cruasán. Abrió su cuadernillo de bocetos, eligió un carboncillo y el negro lápiz de gruesa punta redondeada se deslizó de un lado al otro del papel, hiriéndolo en algunas zonas, acariciándolo en otras. Plasmando no sólo la expresión de su sonrisa sino la musical voluptuosidad de sus caderas. Atrapó con un trazo decidido su fragancia dulce intensa y desconocida, definiendo con círculos su aliento lentamente profundo, suave.

3

Ignorando aún que no volvería a verla perpetuó el primer encuentro.

Aquel amanecer se grabaría para siempre en su memoria.

Relato: OJOS DE GATO

Autora: LUIS MIGUEL FOLGUERAS RODRÍGUEZ

Lo primero que hiciste al llegar al barrio fue ponernos a todos en fila y retornos a una pelea. Así te las gastabas. Después de eso fuiste el amo y señor de la calle y no desperdiciabas ocasión para demostrarlo. Claro que, haber llegado aprendido y con ese puntito de cabrón, te daba una ventaja sobre los demás que no ibas a desaprovechar. No estaban los tiempos para malgastar nada, y mucho menos la oportunidad de ser el bandido más famoso del otro lado de la autopista. Contigo no había riqui raca, montalachica, piola, tángano o los hermanitos que se preciara, que no terminara en discusión primero y pelea después. Faos, orsays y cangos contaban como faltas solo si eran los demás los infractores. Y no digamos ya los goles que cantabas con tanto entusiasmo, así se marchara la pelota a metro y medio de la portería, sobre todo si eran los tuyos, claro. Habías oído hablar de reglamentos, pero siempre lo asociaste al apellido del balón y lo demás te la traía floja. No era culpa tuya que una pandilla de niñatos te fuera con aquel cuento de reglamentos, normas y demás enredos. La calle tenía su propia ley, si la entendías, bien y si no, a llorar al valle, que decía el maestro, tan ilustrado como estaba, en reglas de tea. Si nadie quería jugar contigo, en nada tenían que ver tus trampas. Cosas de mocosos que no llegaban ni a proyecto de hombre, pensabas entonces. Todavía no había nacido el guapo que te llevara la contraria. Bueno, bueno, le partías la cara allí mismo y te quedabas tan fresco ¡A quejarse a

casa de no recuerdo bien que era guardia! Y es que encajar una trompada de aquellas tenía su mérito, no te vayas a creer. No todo el mundo estaba preparado para que lo noqueara alguien que tenía las manos de un repartidor de hielo. Aunque el tiempo y sus desgastes vayan destartalando, todavía sin prisas, estos huesos míos, aún me llegan de tí dos inolvidables recuerdos. Uno es el de tus hermosos ojos de gato. El otro es esa expresión tuya, que hoy la escucho de otros labios como un vil remedo gangoso, y que en los tuyos sonaba como una prometedora sentencia, porque a todos y no a ti solo, nos gustaba el mojito: “si no juego la cago”.

Relato: ÓPERA INSÓLITA

Autora: MARGARITA OTERO SOLLOSO

Atravesó la columna de polvo que esa tarde se extendía por la ciudad para llegar hasta el teatro dónde actuaría. Archivó sus partituras y suspiró hondo, tras percatarse de cuántas notas orbitaban por su laringe esperando salir. Miles de pensamientos se arremolinaban en su cabeza. De esa actuación dependían muchos proyectos. Nada podía salir mal. Había ensayado suficiente, aunque se notaba cansada. A decir verdad, era más que cansancio, sentía que le pesaban hasta los latidos, pero sabía que cuando pisaba un escenario le nacían alas invisibles y se elevaba haciendo levitar a los oyentes con su dulce voz. Confiaba en ello. Sin embargo, al subir las escaleras comenzó a temblar más de lo habitual. Por un momento se sintió como una gelatina de naranja en el plato de su hija. Pero «¡Qué cosas se te ocurren en un momento así! ¡Solo piensa en la letra!», se decía a sí misma, mientras escuchaba a la orquesta afinando los instrumentos. Un grito de aluminio se escuchó tras las cortinas, aún cerradas, delante de los músicos. Al parecer una cucaracha había asistido también al concierto asustando a uno de los espectadores. Al fin se descorrieron, y ahí se dio cuenta de que se había dejado las gafas en el camerino y que apenas podía distinguir los rostros de los asistentes. «Mejor» pensó, «así me pondré menos nerviosa». Dio unos pasos hacia delante sacando sus bronquios al escenario, como de costumbre, preparada para dejar boquiabierto al auditorio. La orquesta comenzó a tocar Salomé de Richard Strauss y en el acorde

dónde tenía ella que comenzar, la melodía continuó sola, ya que no consiguió emitir sonido alguno... Volvieron a hacer sonar el prelude introductorio, esperando que la soprano iniciase la canción, pero de nuevo fue en vano. Una disfonía espasmódica la había dejado muda aquella tarde. Se echó mano a la garganta y comenzó a toser aterrorizada. ¡Oh no! Para colmo ¡Se hallaba desnuda ante el público! En ese momento su gato maulló despertándola de su pesadilla. Los nervios previos al acto se habían manifestado en sus sueños. Llegó a su camerino. Se arregló el cabello e hizo unas cuantas vocalizaciones frente al espejo. Ya casi era la hora del inicio en la Opera de Roma; una ópera que no dejaría a nadie indiferente. El director dio paso a la soprano, quién cantó como los ángeles esa noche. Al día siguiente todos los medios se hicieron eco del insólito evento: «La soprano Francesca Patané, apareció desnuda sobre el escenario y cosechó el aplauso del público por su interpretación».

Relato: PALABRAS DE SABINA

Autora: GABRIELA NOEMÍ LINGERI CORVO

Aquí estamos. Tanto tiempo a tu lado ha obrado la magia de entendernos. Sabemos del misterio de ser mejores porque el otro existe. Yo transformo tu canto cuando te enfrento sin pudores con mi cuerpo desnudo. Sé aplacar tus embates dejándome llevar por la arrítmica música con la que intentas provocarme. Por momentos te siento como una fuerza desplegada a la espera de mi rendición. Penetras en mi piel por robarme el aroma con el que te subyugo. Lo sé. Por eso no claudicas, no detienes tu paso, lo transformas en mil modos de ir tallándome. Lentamente tu aliento en mi corteza se hace huella, marca testigo de toda nuestra historia. Somos uno me digo cuando permito que mi madera tome forma y se entregue a tu arte. El mío es encontrar los caminos posibles con los que responderte a través de los años. Y me giro y me doblo y retuerzo mis ramas mientras recibo tus cantares graves, pero elijo al hacerlo un modo desafiante. Y resisto. No dejo mi lugar. Es esto un juego, uno de tantos dentro de este paraje que llaman La Dehesa. Sabina es mi nombre, tal vez, una sirena en la isla de El Hierro, alguien buscando el equilibrio cuando te siento cerca. Entonces poso mi cabellera formando un arco con las profundas raíces que me atan a esta tierra. Arco por lo imperfecto misterioso. Y me dejo nacer en ese cuerpo que se extiende en busca de sus propios mensajes. Puedo vibrar en mi quietud. Y hacer que vibre aquel que me contempla. Aquí estoy. Ya ves, no temo. Espero tu regreso y lo presiento como ese nuevo abrazo en esta danza únicamente nuestra. Nadie vence. Aquí estamos mi querido viento.

Relato: RESTAURANTE AL LADO DEL RÍO

Autora: BEATRIZ DÍAZ DELGADO

La avenida, a pesar de ser muy ancha, se veía atiborrada de lo concurrida que estaba. Observé por un momento cómo la fina lluvia calaba en el agua del río que seguía su cauce justo al lado del restaurante en el que había quedado con mi hermano. Hacía ya varios años que no nos veíamos y acudí a la cita con un desencanto anticipado porque secretamente, siempre había experimentado una especie de odio hacia él, el cual tal vez, fuera mutuo. Cuando llegó nos sentamos en la barra para tomar algo antes de comer. Noté de cerca su expresión cansada, hablamos de algunas trivialidades, al tiempo que las palabras parecían formar una nube de pensamientos inconclusos en alguna parte del techo. Justo cuando la atmósfera se volvía lo suficientemente tensa como para palparla, llegó el camarero a tomar nota. Pedimos y carraspeamos cuando este se hubo ido. Para disimular, quise ir al baño sin tener necesidad real, pero me cogió por sorpresa el hecho de que los platos ya venían a ser servidos en nuestra mesa, me contuve y aproveché para tomar los primeros bocados antes de seguir con algún fragmento de diálogo insulso. Aquella comida tenía cierto regusto extraño y recuerdo que al hablarlo con mi hermano sobre ello, él había asentido sin añadir más al respecto. Acto seguido bajé la mirada hacia mi plato, y cuando la volví a levantar ¡él era yo! durante ese mismo segundo miré mis manos, estaban raras, no eran las mías. De un salto me levanté de la silla, corrí hacia el pasillo del local, me miré al espejo allí dispuesto: tenía la cara de mi hermano, por supuesto también su cuerpo, pero con la confusión todavía no me había percatado. Volví a la

mesa como flotando, me senté como pude, él me sujetó por el brazo para sugerirme que me calmara pues debía tener una expresión de terror.

- Eres yo - le dije exaltado.

- Lo sé, mantén la compostura por favor, pensemos qué ha podido pasar porque los dos tenemos plena conciencia y no queremos que nos tomen por locos.

A pesar de que sabía que aquello no era producto de ninguna distorsión mental, comenzaba a dudar de mí mismo. Comenzaba a dudar de mi hermano y de si, ciertamente había intercambio miradas cómplices que el camarero, de si estábamos allí en realidad o en un sueño loco. Bebí un poco. A medida que el líquido atravesaba mi garganta, aumentaban los espasmos en mis extremidades. Estaba realmente atemorizado, no obstante, mi hermano pidió más licor.

Las bocas de las botellas golpearon contra el borde de los vasos haciendo un ruido que en ese momento me resultó como un gran estruendo, pero no fue un ruido tan impactante como por el que le siguió: ondas gravitacionales de rayos láser atravesando el mobiliario del restaurante. Los clientes gritaron, se metieron debajo de las mesas y corrieron hacia afuera, pero a mí me dispararon. Un impacto frío y contundente que cruzó mi cráneo de extremo a extremo. Entonces, y solo entonces sentí la mirada de mi hermano, la mía, clavándose en mis ojos, los suyos. Después de caerme al suelo escuché:

- Gracias hermano, me andaban buscando, pero no me lo merecía.

Relato: VIDAS AJENAS

Autora: MARÍA CANDELARIA MARTÍN GONZÁLEZ

Quise romper aquel maldito silencio vomitando un último grito fruto de la desesperación, pero todo esfuerzo era inútil. La razón había enloquecido en mi cabeza.

Mil engendros me ahogaban las entrañas, rasgaban la piel, sorbían la sangre, hundían afilados colmillos en la garganta, devoraban las carnes, clavaban las garras en las piernas, inmovilizaban las extremidades...

Agotados los últimos hálitos de vida, caí desplomado al suelo retorciéndome de insufrible dolor.

Abandonado al inevitable destino, quise arrastrarme clavando los dedos entre la inmundicia, pero mis gestos quejumbrosos hacían enfurecer aún más a los monstruos hambrientos que me poseían. Los huesos desnudos de brazos y piernas resbalaban sobre el suelo por los tirones de las dentelladas. Las tripas se prolongaban del vientre desparramándose entre la podredumbre.

Ya los más pequeños habían penetrado en mi cuerpo y comenzaban a desgarrar la carne desde dentro. Insaciables, comían todo lo que encontraban a su paso dejando atrás sólo sus propios excrementos.

Lo que quedaba ya de mi escuálido cuerpo no parecía ser suficiente para saciarlos a todos y ahora comenzaban a disputarse con furia los últimos despojos.

Apenas era ya un cadáver descarnado y nauseabundo en medio de un maloliente charco de fluidos fecales sanguinolentos.

Sin ánimos para seguir luchando, regresé a mi pasado, a todos los amargos recuerdos de una vida inútil, la vida que se me escapaba, la vida que no había merecido.

Refugiado en aquellas absurdas trincheras fui dejando el mundo de los vivos para descender al inevitable averno, al lugar que, sin duda, me habían guiado los desafortunados pasos con el alcohol.

Índice CONCURSO DE CREACIÓN LITERARIA 2023

Bajo la alfombra	57
La guacancha	59
Las raíces de la vida	61
¡Viva el Carnaval!	63
El chamarilero	65
El club de lectura	67
El jardín	69
El loco	71
El veneno de los años	73
El vergel	74
En la balanza	76
En todas mis vidas	77
Enemigos mortales	79
Esta guerra pide paz	80
Eternidad	81
Extraordinaria cotidianidad	82
Fue inesperado	84
Huellas de sal	85
Inmarcesible	86
La calima de Kaligo	87
La calle	89
La llave	90
La verdad	92
Los adjetivos	94
Mea culpa	95
Mi manera de quererte	96
Mínima	97
Mundo tecnológico	98
Noches enfermizas, días de convalecencia	99

Nostalgia	100
Olvido	101
Paseo nocturno	103
Plataneras	105
Prohibido olvidar	106
Respira tu silencio	107
Saltos cuánticos	108
Solitarios	109
Tragedia	110
Tren	111
Una vida, un abrazo y un café	113
Volver	115

El moho que reside entre las grietas de mi hogar tiene memoria. El poco cabello que me queda, también. Años atrás, todo era distinto: había sol, nubes, pétalos de miel y yo salía de casa. De las grietas emana un olor opaco, casi tangible. Sol, nubes. La humedad ya no me puede encrespar el pelo. No sé cuántos días llevo aquí metido. Me gusta imaginar los recovecos de mi esófago como bosques por donde pasa el licor que mando a pedir a la puerta de mi casa los jueves. Más allá no hay nada. Flemas, como mucho. Sin embargo, hoy no es jueves. Huele a humedad y estoy calvo y estoy mareado y estoy boscoso, o esofagoso. Antes nada era como ahora: frío por las noches en La Laguna, lluvia sobre mi cara y cafés helados.

Ni frío ni lluvia ni helado. Ya no hay pétalos de miel tampoco.

La humedad es caliente aquí. Se cuele, como decía, por las grietas de las paredes. Puedo tocarla. Cada noche raspo la pintura, meto los dedos índice y anular. Los siento mojados y cálidos, la humedad me lame. Mi compañera. Prefiero la piel antes que el sol y las nubes, que los pétalos o la lluvia y el frío. La pintura blanca recubre mantos y mantos de epidermis.

¿Para qué, si no, sirve pintar los muros? A veces hay que esconder la piel, como escondo mis ojillos tras las lentes de las gafas. Mi visión del mundo a cambio de la nitidez; mi libertad a cambio de la piel. Aunque no siempre es posible. Creo que no siempre puede uno esconderse.

Algo así creí escucharle en susurros a los humores de mi compañera hace tiempo. Me advertía. Creo. Solo creo. Odio la incertidumbre.

Escucho la madera del suelo crujir. Odio la incertidumbre y los crujidos. Apoyo la mano en la pared y la noto abombada. Me siento.

Odio la incertidumbre, los crujidos y los cambios. Odio todo, todo lo odio, excepto la humedad. ¿Me traiciona acaso? Hago además de arrancarme los pocos mechones que me quedan de la frustración, cada cual gestiona sus conflictos como puede, cuando veo moverse la alfombra. Un bulto. Estoy en pie. Es imposible esconder la piel. Me digo tranquilo, así, sin signos de puntuación, tranquilo, me digo, sin más. El bulto se desplaza con lentitud.

Tranquilo, tranquilo, no odies. Pétalos de miel, pétalos de miel. Hace calor y sudo los pantalones de pana que me pongo para andar por casa. Toda mi ropa es para andar por casa.

El abultamiento casi tira la mesita de la lámpara y a mí se me pega la pana a los vellos rizados. Tomo la silla entre mis dos manos y, en un gesto brusco y certero, golpeo el bulto.

Sangre violácea.

Acabo de asesinar de nuevo a la humedad. Mi compañera. Mañana sí es jueves.

¡Pong! Quedaban poco más de dos kilómetros hasta el coche, pero andar, después de más de siete horas, se le hacía muy trabajoso. Lo peor no era el desnivel, ni el cansancio, ni siquiera el calor, sino tener que arrastrar las botas sobre el picón. Las retamas languidecían sobre el malpaís parduzco entre oscuras lenguas de lava seca. Casi podía verla correr ladera abajo entre vapores pestilentes. ¡Pong! El bastón se engastaba entre las afiladas piedras y tenía que tironear para liberarlo. Cuando golpeaba la roca desnuda, producía un sonido odioso. ¡Pong! Desde allí, todo el sendero discurría sobre escoria hasta llegar a la carretera.

Ese día iba solo. Cuatro meses antes había empezado a caminar sin muletas, a duras penas. Aún cojeaba un poco. ¡Pong! Quería demostrar que se había recuperado, que no tenía miedo. Con todo, a cada mal paso, imaginaba su tobillo quebrándose con un crujido seco. El hueso rasgando su piel y exponiendo la placa que le habían atornillado, bañada en sangre. ¡Pong! Después de lo andado hoy, debería estar satisfecho, incluso feliz. Pero no lo estaba. Se sorprendió pensando que hacía mucho que no era feliz. Era como si se lo hubiesen susurrado al oído. Se había vuelto inseguro, reservado, incluso huraño. ¡Pong! Evitaba a su familia, a sus amigos. Aún lograba mantenerse a flote en el trabajo, pero sabía que acabaría desmoronándose. No se lamentaba. ¡Pong! Era fácil escapar de pensamientos incómodos entre el bullicio cotidiano. Allí, solo y en silencio, no lograba acallarlos.

Entonces lo oyó. El llanto desgarrador de un perro malherido. Quedó paralizado; luego, se lanzó en su busca. ¡Pong! Sonaba muy cerca, pero avanzar fuera del sendero era mucho más penoso. El manto de lava,

agrietado, dejaba entrever oscuros túneles que se hundían en la colada. ¡Pong! Apenas levantaba la vista del suelo para no tropezar. Tal vez algún desgraciado había querido deshacerse de un podenco viejo abandonándolo en aquel infierno. ¡Pong! El llanto no cesaba. ¿Cómo iba a sacarlo de allí? ¡Pong! ¿Qué haría si no lo encontraba? ¿Dar media vuelta y dejarlo morir? ¡Pong! Al fin y al cabo, ¿no era eso lo que hacía siempre? Huir hacia adelante. ¡Pong! De repente se hizo el silencio.

Allí estaba. Aquella criatura no era de este mundo. Lo esperaba sentada, como una esfinge demencial. Al enseñar los colmillos parecía sonreír, burlona, mientras sus facciones se derretían lentamente. Una viscosa capa de basalto fundido envolvía su cuerpo de piedra y se derramaba, crepitando, sobre el suelo. De su boca escapaba el fulgor tenue de la roca incandescente. Mirar esos despiadados ojos rojos le drenaba. Le hablaban de su confianza perdida, sus días teñidos de insatisfacción, de rabia. De la ansiedad que le asaltaba cada mañana. De lo vacía que estaba su vida. Quería zafarse de su embrujo, pero no podía dejar de mirarlos. Lo último que alcanzó a pensar fue que era curioso cómo aquel páramo cruel siempre había lucido hermoso en su memoria. Después solo sintió el abrazo mortal del fuego.

Aun cuando tenga la salida del Jardín Botánico bien cerca, tomo asiento en un banco de madera. No es el cansancio, sino crudo miedo, lo que me ha anclado a este punto.

Desde mi privilegiado lugar se despliegan caminos de tierra, y arbustos, y árboles y flores. Incluso pájaros e insectos. A la vista de tal paraje, y ya con un pie fuera del recinto, me reprocho por cada lugar que no llegué a contemplar, cada camino al que renuncié, cada árbol que me pasó desapercibido, cada fragancia que obvié. En algún momento me veré forzado a dirigirme a la salida, alguien me despedirá con solemne cortesía y, así, mi larga caminata habrá visto su fin. Pero, mentira o no, quiero creer que quedan aún unas cuantas horas de luz antes de que anochezca, tiempo justo para rememorar mi paseo.

Entré en el Jardín Botánico montado a lomos de una rama de madera que agitaba sus crines de hojas secas. Con la energía inagotable de mi rocín me adentré en el Laberinto Verde y crucé la Acequia Tenebrosa oculto a la vigilancia de mis padres. Entonces, batallé contra gigantes surgidos de la tierra que asemejaban árboles, contra criaturas voladoras que sólo un adulto confundiría con palomas y resistí el ímpetu de vientos huracanados que jamás fueron brisas de primavera.

Otro día de otro año de otra década estuve sentado en el estanque. Mis dedos rozaron las aguas próximas a un gran nenúfar despidiendo ondas concéntricas que asustaron un par de peces dorados y silenciaron una ranita invisible. Justo entonces, María se volvió para mirarme confusa. De mis labios caía una pregunta incapaz de vestirse con palabras. La muchacha, entonces, avanzó hacia mí hasta que sus ojos chocaron con esa misma pregunta, la que, segundos antes, había depositado sobre la

hoja del nenúfar: era redonda y estaba hecha de oro con un diamante engastado. Ella, también sin palabras, pero a gritos, me respondió que sí.

Fuimos tres los que íbamos paseando sin prisas por el Jardín Botánico. No teníamos prisa, aunque nuestros corazones latían a mil por hora. Estábamos agotados, pero éramos incapaces de tomar asiento. María cogía mi mano con fuerza, yo la besaba con dulzura, ella sonreía, yo suspiraba. Los tres pudimos recorrer cada camino de tierra diez veces o ninguna, y pudimos permanecer en el Jardín Botánico un minuto o todo el día. Los tres guardábamos silencio y, de tanto en tanto, María y yo acariciábamos el abultado vientre que escondía a nuestro tercer acompañante.

Y, ahora, mi paseo se enfrenta a su inevitable final. Sigo sin hacerme a la idea de que es el vacío, y no María, lo que tengo a mi costado, puesto que su paseo terminó dolorosos años antes que el mío, y que mis hijos y nietos se hayan dispersos en los confines del Jardín: unos jugando, otros conociéndose, algunos uniéndose. A todos ellos les queda un largo paseo antes de llegar a donde estoy yo.

Me resisto a levantarme porque cuanto me queda es caminar unos pocos pasos y mi visita habrá terminado. Por más incómodo que sea mi asiento, la salida queda atterradoramente cerca.

Relato: ¡VIVA EL CARNAVAL!

Autor: JOSÉ LUIS REGOJO BORRÁS

Observar el océano desde Candelaria, escuchar su sonido y sentir los rayos de sol entre palmeras y dragos durante el solsticio de invierno, permite desconectar de los momentos agobiantes de la rutina diaria. La línea del horizonte, escudo protector natural, alarga la mirada e imaginación. El océano es movimiento. El océano nunca es silencio, además, nos lleva hacia mundos que nos mantienen vivos y activos. Unos mundos que, durante el Carnaval, nos acompañan hasta nuestra adolescencia. Volvemos a ser aquellos jóvenes traviesos sabiéndose adultos que necesitamos jugar con máscaras para ocultar las que llevamos el resto del año: en el trabajo, en la vida social o con la familia. Una colección de máscaras, antifaces y caretas que aceptamos, las más de las veces, por compromiso. Aunque también, en ocasiones, por devoción. Máscaras que la vida nos obliga llevar o aquellas que ocultan nuestro verdadero ser.

Si no existiera el Carnaval, correríamos el riesgo de que se adhirieran a nuestra piel, apresándonos en ella. Con el juego del Carnaval, cambiamos de piel, y las nuevas máscaras borran las del resto del año y nos obligan a replantearnos qué otras queremos llevar hasta el próximo. Un juego de renovación que nos libera de lo que no somos y nos permite ser un pequeño adulto jugueteón que quiere dejar de ser nadie y ser, aunque solo sea por unos pocos días, alguien con una máscara.

Durante esas fechas, este año, las olas que llegaron de Gran Canaria, esa tímida isla oculta tras la línea del horizonte, nos trajeron, por contraste, una brisa gélida que arrastró la vida de un joven vecino de la Villa de veintipocos años. Mientras asistía a la misa funeral en la iglesia de Santa Ana, la tristeza y lágrimas de familiares y amigos se mezclaban con el tañido triste de las campanas y el sonido festivo de los tambores carnavaleros proveniente de la plaza de la Basílica de Nuestra Señora

de la Candelaria, situada a pocos metros de esta pequeña y acogedora parroquia del casco antiguo.

Risas y lágrimas, vida y muerte, calor y frío, nubosidad y claridad, ruido y silencio. Contrastes brutales sin anestesia.

¡Esto es el Carnaval! ¡Esto es la vida! ¡Viva el Carnaval!

Relato: EL CHAMARILERO

Autor: GARA HERNÁNDEZ DÉNIZ

Estaba sentada, mirando como las olas rompían contra los cubos de cemento. Yo podría ser uno de esos cubos. La primera entrevista de trabajo en meses, con cuarenta y tres años me sentía perdida.

¿En qué momento me convertí en una saltadora olímpica de trabajos temporales, de ayudas puntuales; en qué momento se me escapo la vida que soñaba posponiéndola ante las necesidades del hoy?

- Necesita un buen traje.

- ¿Perdone?

- Todos tenemos un mal día

- No quiero comprar nada, gracias. Lo siento no tengo dinero. - Su cuerpo ya estaba curvado por los años. Me sonrió con media dentadura y una maleta vieja en la mano.

- El valor de la felicidad no se establece con dinero, todos tenemos algo que podemos cambiar: nuestra vida. Fíjese que hoy tengo tres disponibles, normalmente no es algo que ofrezca, pero podríamos tasar la suya y si quiere ver que puede conseguir cambiándola, a todos nos viene bien una segunda oportunidad ¿no cree?

La proposición me dejo sin habla, cambiar mi vida...

- A ver, haremos una tasación rápida, dígame brevemente que puede ofrecerme ahora mismo.

- No tengo del todo claro cómo funciona esto, pero... Soy una mujer en paro, no tengo oficio ni estudios. Vivo con mi madre en un piso destartado.

- Bueno, no está mal, tengo dos opciones para usted. La primera es la vida de una periodista, soltera, viaja mucho por trabajo. La segunda opción es la de una ama de casa con dos niños, casada con su primer novio de juventud. Su situación es modesta pero estable.

- ¿Y porque han querido cambiar sus vidas?

- ¿Por qué se lo plantea ahora usted? Eso yo no puedo decírselo, solo soy un viejo chamarilero.

Vendo cosas usadas, a veces cambio vidas de segunda mano, eso es todo lo que me interesa.

Sonaba tentador... siempre quise ser periodista, independiente, decidida... pero también estaba la estabilidad de una familia, un hijo podría ser un aliciente para vivir.

- Y si lo hiciera, ¿qué pasaría con mi vida?

- No la recordaría, es como coger una hoja nueva para empezar a escribir, no quedarían marcas de lo que borro porque nunca hubo nada escrito.

Yo no era común. Esa era mi habilidad, porqué debería serlo mi vida.

- Nunca es fácil dar valor a lo que eres- respondí casi automáticamente.

- Veo que no puedo ofrecerle nada que le interese entonces...- decía mientras se alejaba envuelto en una bruma que no había visto.

¿Qué define una vida? Me levante con una sonrisa en la boca. No era desgraciada, era yo misma, tenía una vida y lo que hiciera con ella solo estaba en mí. No quería una vida de segunda mano.

Relato: EL CLUB DE LECTURA

Autor: INOCENCIO JAVIER HERNÁNDEZ PÉREZ

Solo le hago los cuernos a la soledad. No es fácil. La soledad es implacable, lo sabe todo de ti. Es una especie de dios, algo sin nombre. Alguien sin rostro. Tenía que alejarme de ella para acercarme a mí.

No quería ir a A.A. porque la cerveza tiene un ochenta por ciento de agua y la sangre más o menos por el estilo y cualquiera puede vivir sin comer unos cuarenta días, pero sin beber agua te vas de vacaciones al otro barrio en cinco días con sus noches desérticas, así que me apunté a un club de lectura. Me gusta leer.

Empezaron a leer. Como en el colegio, en el sentido del reloj. X de Virginia Woolf.

Pongo X porque sustituye a mi olvido. No tengo nada en contra de esa señora, endiabladamente brillante, sin igual, pero no me llega, no me hace tilín. Supongo que Siri Hustvedt lleva razón: “Lo que no se siente no se recuerda, porque sin emoción no hay memoria”. Y entonces, como si un vaso de película en blanco y negro se hubiera roto en mis pupilas, le pregunté al moderador, también llamado merodeador subliminal, que por qué rayos no nos pirábamos a un bar. Un bar silencioso. El merodeador dijo imposible, improbable, casi utopía. No en ese orden, pero qué más da. Huelga decir que el merodeador me miró como se avista a un águila imperial escaneando el miedo de una liebre en cualquier sistema dunar de la península ibérica.

Elogios, fragmentos de fragmentos, intercambio de golpes, pausa para el café y los pastelitos. Pausa para el baño. Pausa para respirar cuando se lee. Exhalo. Leí ciento cuatro palabras. Una detrás de otra. Luego, callé. Fue casi como no existir. La escucha activa es esencial en un club de lectura.

En el baño le pasé un pitillo al moderador. Mejor, fuera, dijo. Mejor fuera, dije. El humo trapecista, el cartel luminiscente del restaurante chino, el bebé pegado al pecho de su madre en la estación de autobús, el ladrón

de carteras saliendo del metro con mirada de ruleta rusa, el reponedor llamando a su novia para contarle que lo han echado ahora mismo pero que no ha tenido la culpa porque la culpa es siempre de otro y la excepción se cumple cuando él es otro. Te juro que nunca colocaría las galletas del revés, cariño.

- ¿Volverás? - pregunta el merodeador como si se despidiera de su novia en el último atardecer del verano -.

- No. La lectura es, en esencia, una sombra luchando contra otra sombra.

Había una vez un jardín grande y hermoso que se llenaba de niños todos los sábados por la mañana. En él crecían bellísimas flores, arbustos de diferentes tamaños y árboles frutales que desprendían un aroma delicioso. Los niños se divertían corriendo, columpiándose en las ramas o sentándose sobre la hierba a decir adivinanzas.

Un día por casualidad el jardín fue descubierto por Hambre, que paseaba por allí con su largo vestido negro que arrastraba por el suelo. Se acercó y preguntó en voz alta:

— ¿Puedo pasar un rato con ustedes?

— No —le contestaron todos a la vez. Y continuaron con sus juegos.

Al verse rechazada, Hambre llamó a Guerra, que acudió de inmediato, vestida como siempre con sus ropajes de color del fuego.

— ¡Hola, lindas niñas y encantadores niños! ¿Quieren que me quede a jugar aquí?

— No, no queremos.

Decidieron llamar a Pandemia que, como andaba despacio, tardó un poco en llegar. Con su voz áspera y su traje amarillo pálido, se dirigió tímidamente a los pequeños:

— ¿Me dejarían jugar, por favor?

Los niños la miraron de reojo mientras seguían jugando como si Pandemia no existiera. Optaron entonces por cambiar de estrategia. Guerra llamó a su hermana menor, Contienda, y le dio instrucciones para que se presentase en el parque como una niña más. Apareció con una alegre camiseta color naranja y una sonrisa en la cara. Las niñas la recibieron contentas y los niños la incluyeron en sus juegos. Sin embargo, al pasar el tiempo comenzaron a discutir y se enfadaban por cualquier cosa. ¡Yo llegué primero! ¡No juegues con ellos! ¡Esta zona es mía! Mientras esto ocurría, el verde prado y sus flores fueron tomando un tono cada vez más oscuro y las plantas se volvieron grises. Cuando

descubrieron el origen de todo ese malestar, apartaron a Contienda de su lado y esta fue a reunirse con los demás seres, que la interrogaron curiosos.

— ¿Por qué no permiten que entremos? —quiso saber Hambre.

Contienda negó con la cabeza y se encogió de hombros.

— ¿Saben que andamos por aquí? —preguntó Pandemia.

—Sí, pero no les importa. Se miraron entre sí y quedaron en silencio durante un rato.

—Aquí no tenemos nada que hacer—. Y se marcharon.

Relato: EL LOCO

Autor: CARLOS MARTÍ MEZQUITA

Se le conocía como El Loco, habiéndose perdido cualquier otro apelativo que llegara a tener. Delgado y frágil como una espiga, vestía con descuido y remiendos, y su eterno semblante era el de un vulgar chucho acostumbrado a las patadas sufridas desde que fuera un cachorro. Pero, El Loco, lejos de convertirse en una criatura rabiosa, fue un simple infeliz de ojos tristes y sonrisa aún más triste que nunca mereció más allá de una mirada de refilón acompañada de una mueca despectiva.

En él abundaban los tics nerviosos, como una cojera que se acentuaba al azar o su empecinamiento en tirar del borde de la manga izquierda de la camisa. Gustaba de hablar mediante frases atropelladas escapadas de los confines de su boca, pero los únicos a los que escuchaba era a los fantasmas que le rondaban.

Frecuentaba el Jardín Botánico, donde le bastaba franquear la entrada para que sus ojos tristes y su sonrisa triste lo fueran algo menos. Entonces, cumplía invariable el mismo recorrido: tomaba el camino a su derecha, rodeaba el estanque de nenúfares, se detenía ante el invernadero de cristal próximo y proseguía con calma hasta alcanzar con expectación, incluso reverencia, el extremo opuesto del Jardín, un lugar recogido y amplio provisto de bancos de madera y una fuente de agua potable a la sombra de moreras y pinos cuyas copas se fundían en un abrazo. Al fin en su destino, recordaba cómo sonreír de corazón, jugaba con una pelota inexistente, echaba a correr con un súbito estallido de energía e ilustraba con pasión y ademanes vivaces a una invisible audiencia los nombres de cada planta que tenía a la vista.

Sí, era allí donde perdía todo miedo a la misma vida, se curaba de la herida de su pierna maltrecha y abandonaba su celo por cubrir la carne quemada que escondía su vestimenta, demasiado feliz por reencontrarse con el ayer y sus añorados habitantes. Era allí, porque sólo allí se lo permitía, donde resucitaba de un bolsillo de su pantalón

una fotografía de bordes chamuscados. La contemplaba con delicado silencio y, entonces, sus ojos tristes se ahogaban en lágrimas ácidas y su sonrisa triste se torcía en un angustioso intento de pronunciar un nombre.

Un día, alguien cayó en la cuenta de que aquel desgraciado hacía mucho que no se dejaba ver. Fue un día plomizo y ronco en el que las nubes se arrastraron por el cielo más que flotar, en el que los árboles del jardín alfombraron de hojas marchitas diversos rincones de su seno: el camino que quedaba a la derecha nada más se entraba, el próximo al estanque de nenúfares, el que rodeaba el invernadero de cristal y, especialmente, la pequeña explanada al otro lado del recinto con sus bancos de madera y su fuente de agua potable.

Fue un amargo y otoñal día... en pleno mes de mayo.

El Loco estaba loco; sólo el Jardín Botánico sabía por qué.

Relato: EL VENENO DE LOS AÑOS

Autor: JUAN IGNACIO FERRÁNDIZ AVELLANO

Cuando me llamó, me llevé una gran alegría. Unas cervezas en el centro con David; qué bueno, después de tantos años. No nos habíamos visto desde chicos.

Acodados en la barra del ruidoso bar, él me recordaba que cuando éramos niños había tribus en África que cazaban animales con lanzas, islas de caníbales en Indonesia y en la tele se veían constantemente películas de indios y vaqueros. La aventura era posible hasta jugarse la vida en muchas partes del mundo.

Entonces, llevados por nuestras fantasías, los dos elaborábamos veneno. En un viejo bote metíamos todo lo más nocivo y pestilente que se nos ocurría. Sobras de pescado, caracoles sin caparazón, orines. Pasaban los días y seguíamos llenando el potingue con más ingredientes tóxicos. En realidad, lo hacíamos sin ningún objetivo pues no teníamos enemigos a los que envenenar. Nunca llegamos a utilizarlo. — En África ahora hay ciudades reventadas de tráfico, en Indonesia hay complejos turísticos con macrodiscotecas para turistas y no hay quien vea arcos y flechas por ningún sitio —le digo un poco melancólico.

—Sí, todo ha cambiado mucho. Ahora yo soy calvo, mi negocio va regular y tengo una hipoteca con dos cuotas pendientes. Es mi aventura —me responde apagado.

Cuando nos íbamos a despedirnos me pidió dinero. Era cuestión de pocos meses cobrar una cantidad que esperaba y entonces me lo podría devolver.

Le dije que no podía, pero pagué yo las cervezas.

Al separarnos, volví andando hasta casa. Por el camino supuse que David me habría llamado, a fin de cuentas, por lo del dinero.

Y también pensé estúpidamente que es mejor que no se conserve aquel veneno que hicimos de niños; seguramente ahora los dos sí sabríamos utilizarlo.

Desde que tenía memoria Adara había morado en el Vergel. La soledad no hacía mella en su espíritu pues no había conocido otra vida. Cada día su rutina era simple. Al amanecer saludaba al sol agradeciéndole sus dones. El astro rara vez le devolvía el saludo. Pero Adara era comprensivo pues pensaba que igual él era demasiado pequeño o quizá la estrella estaba demasiado lejana. Luego del saludo al padre celestial se nutría abundantemente de la madre tierra a la que también le estaba agradecido. En ocasiones la tierra temblaba y Adara se sentía satisfecho pensando que la todopoderosa divinidad le devolvía el saludo. El resto del día lo solía pasar soñando con historias.

La más recurrente era que podía caminar y se ponía a explorar el resto del Vergel. Sin embargo, una mañana su rutina se vio alterada. Después de su comida recibió una visita inesperada. Una criatura que nunca había visto se posó sobre una de sus ramas. Adara intentó saludarlo amistosamente, pero la criatura no pareció percibirlo. Aquel ser era más pequeño que Adara. Tenía un color pálido salpicado de grandes manchas como carbón frío. Otras partes era de un rojizo parecido al color del sol al ponerse. Tenía unos ojos saltarines y un pico portentoso. El pájaro se puso a emitir un canto característico. Adara sonrió, pues pensó que aquel animalillo le estaba respondiendo, aunque no lo entendiese. El ave empezó a revolotear alrededor de Adara. El árbol se sintió apenado por no poder comprender aquel lenguaje. De repente, su extraño visitante se puso a picotear con todas sus fuerzas en el pecho de Adara. Al principio le hacía cosquillas. Aunque con el paso de las horas se volvió algo molesto para acabar haciendo daño en la corteza del árbol. Adara no entendía que había hecho para molestar a aquella criatura. Quizás fuese algo que no dijo o que no hizo. El dolor físico se intensificaba por la incomprensión emocional. La pareja del pajarillo se le unió al cabo de unos días. Ahora cada amanecer era una tortura para

Adara. El árbol no paraba de preguntarse qué daño le había hecho a aquel ser para que lo maltratase todos los días de aquel modo. Intento todas las formas de comunicación que se le ocurrieron, pero ninguna surtió efecto. La paz de espíritu del árbol se empezó a alterar. Estaba enfadado. Al fin el tamborileo ceso. Adara tenía un hueco en su pecho. El ataque había cesado. La herida de Adara comenzó su cicatrización al mismo tiempo que los huevos de los pajarillos eran incubados. Ahora la rutina de Adara comenzaba cuando los polluelos piaban por comida. Al poco tiempo el árbol se acostumbró a sus nuevos inquilinos. Eran ruidosos y molestos, pero de alguna forma penetraron en la mente de Adara. Cuando los polluelos crecieron toda la familia abandono el nido. El árbol conoció por primera vez lo que era la soledad. La pena lo abrumo. La cicatriz en su pecho era el único recordatorio de que no había sido un sueño. Durante un tiempo sus antiguas costumbres volvieron, pero sentía un vacío que nunca había sentido. Por fortuna otra mañana recibió otra visita inesperada... pero esta vez la ardilla lo saludo amablemente y el árbol le rogó que se quedara. Adara por fin había llenado el hueco de su vida y en su pecho palpitaba un corazón que rezumaba felicidad, aunque no fuese el suyo.

Relato: EN LA BALANZA

Autora: MARÍA DEL CARMEN RODRÍGUEZ CRUZ

Hay una persona, en un lugar del mundo, que no tiene porqué ser remoto, que está, seguramente, jugando conmigo una partida imaginaria de ajedrez o, más simple aún, quitando y poniendo bloques a una balanza imaginaria que es la que nos mantiene a todas y a todos más o menos cuerdos en un sistema cada vez más loco y que al que solo le funciona el acelerador.

Sé que hay alguien cuestionándome. Al otro lado, en otra parte. Porque no he querido o no he sabido encajar muy bien en mi balanza el amor; por qué decidí quitarlo de esa balanza, de esta especie de juego que supone andar en equilibrio. No tengo tampoco la respuesta de por qué lo he hecho así.

Puede que porque nunca lo entendí ni lo entiendo como moneda de cambio, o contrapartida de nada. Que no debería tan siquiera haber estado en mi balanza, porque no se puede quitar ni poder. Ni dar forma. Porque es indomable e inabarcable.

Ha sido quitar el amor de mi balanza y esa persona, en alguna parte del mundo, con la que estaba manteniendo un juego tácito de quitar y poner, de mover ficha, de entrar al trapo, de embarrarme hasta los ojos, no va a poder ganarme.

Ha sido quitar el amor de mi balanza y el equilibrio de los platos ha vuelto por sí mismo. Paró la inercia. Paró la cadencia. Ahora sé, que yo he ganado.

Relato: EN TODAS MIS VIDAS

Autor: JOANA HERNÁNDEZ DÍAZ

Cuando vuelvo en mí, tengo la sensación de haber pasado mucho tiempo dormida. Me encuentro desubicada, como después de un largo viaje en coche; cierras los ojos y al abrirlos, ya estás en el destino.

Mis manos están apoyadas en la barandilla de un viejo puente, casi tan ajado por el tiempo como la piel de mis brazos, ahora rodeados por los dedos de otra persona que está detrás de mí, abrazándome y observando el horizonte que tenemos frente a nosotros. No tardo en girar el rostro para descubrir el de mi acompañante: un hombre. Un hombre ya entrado en edad que me sonrío con una de esas sonrisas repletas de experiencias que solo una larga vida otorga. Le respondo aparentemente igual, aunque mi intento por sonreír se queda en una mueca vergonzosa. Sigo sin saber dónde estoy, incluso no me reconozco en el cuerpo que habito, pero no me asusto. Al mirar sus ojos, lo sé. Es él, solo él sería capaz de encontrarme en esta y en cualquier vida. Cuando alza su mano y, con extremo cuidado, me aparta los mechones que caen por mi hombro, siento que me estremezco. Mi cabello se tiñe con suaves pinceladas de unas plateadas canas que parece que empiezan a nacer. Nos hemos encontrado en un futuro bastante alejado de nuestro presente. Otro tiempo. Otra vez juntos. Me doy la vuelta para encontrarme con su cuerpo, quizá no tan fornido como lo recordaba, pero tan reconfortante como siempre. Y cierro los ojos antes de abrazarle, de hundir mi nariz en su cuello y respirarle. Estoy en casa.

No es la primera vez que mi espacio y mi tiempo se transforman. Antes de conocerle, nunca lo había experimentado, pero parece que la vida se empeñó en hacerme saber que le había encontrado, que él era mi sino, pues ya lo había hecho en otro momento, en otro cuerpo y en otra vida. Él en mi hoy, en mi ayer y en mi mañana.

En silencio y permaneciendo inmóvil, me separo lentamente para observarle. A pesar de los años, su cabello se mantiene de un color áureo, tan dorado que parece pintado por los mismísimos rayos del sol que ahora empieza a desaparecer con el atardecer. Entreabro los labios para hablar y el eco de mi voz, se convierte en un susurro.

- ¿Sabes una cosa? Las biografías siempre empiezan con un nombre, pero nuestro nombre no siempre está escrito en nuestras biografías. Yo he encontrado mi nombre en la tuya.

Al escucharme, humedece sus labios antes de responderme y yo, con ese gesto, siento que podría seguirle eternamente.

- Has encontrado tu nombre en mi biografía, porque mi biografía empieza con tu nombre.

Relato: ENEMIGOS MORTALES

Autora: HERMINIA-PAZ DIONIS PIQUERO

Sentía miedo, verdadero pánico, pero intenté disimularlo lo mejor que pude guardando las manos en los bolsillos para que no notaran el temblor. No quería que mi madre y mis hermanas me creyesen cobarde, por eso me acerqué a presentarle mis respetos al gato que nos había acompañado durante veinte años.

Yacía en una caja abierta sobre un cojín bordado por las mujeres de casa, siempre fue un consentido.

Había muerto de viejo y olía a trapo rancio, pero me tragué el comentario. Además, por fin conseguía librarme de esa fiera que, por ser el único hombre de la casa, disputaba conmigo la propiedad del territorio a zarpazo limpio. Siempre aprovechaba cuando no miraban sus benefactoras para lanzarme las garras y yo, por no contrariarlas, reprimía la respuesta.

Me pidieron que le besara por última vez, me agaché y le ofrecí la cara ¡torpe de mí! Me la cruzó con las cinco uñas de su pata derecha, hundiendo el araño hasta el mismo hueso.

Mientras me curaban y aun sangrando, ellas todavía le defendían, echándole la culpa al rigor mortis.

Relato: ESTA GUERRA PIDE PAZ

Autor: SERGIO CAPITÁN HERRÁIZ

Tardamos diez minutos en darnos los teléfonos, treinta en un primer beso y unas horas en amanecer juntos.

Es el mejor regalo que me han hecho nunca por mi santo, dijiste varias veces durante aquella noche de San Juan que, paradójicamente, fue la más larga de un verano que prometía ser eterno.

Mensajes de buenos días, canciones dedicadas a todas horas, tú esperándome a la salida del trabajo y yo sorprendiéndote al mediodía en el tuyo.

Un fin de semana improvisado en Lisboa. Cinco días de ruta por La Palma. Te fuiste dos semanas a ver a tus padres a la península y yo también aproveché para huir unos días del asfalto.

A la vuelta, de nuevo dos imanes evitando darse la espalda. Anaga, Benijo, piscinas, terrazas... exprimimos cada día como si fuera el último. Pero la primera semana de septiembre se hicieron polvo las hadas. Tu mujer y tus hijos regresaron de aquel pueblo manchego y confesaste todo. A modo de despedida, me pediste un abrazo y te lo negué.

Esa misma noche me volví a dar de alta en la aplicación de citas en la que te había conocido. Unas veces se gana y otras se aprende, pensé, mientras me registraba con el nombre de "Judas". Pude estar un par de horas tranquilo buscando a mi próxima presa. Laura y los niños ya dormían.

Relato: ETERNIDAD

Autor: RAQUEL HERNÁNDEZ DÍAZ

Los rayos de sol entrando por la ventana me hicieron despertar esa mañana. Los mismos rayos de sol que nos vieron dormir cuándo nuestra eterna noche se convirtió en día.

Frente a mi permanecía plácidamente el ladrón de mi alma, con uno de sus brazos bajo mi cuello y su mano sobre mi cadera.

Nuestras piernas habían permanecido entrelazadas durante todas las horas que había durado nuestro sueño. Horas desconocidas, pues al igual que ignoré el momento en el que me dormí, también ignoré en el que dejé de hacerlo, y es que en la eternidad no se cuentan las horas, si no los instantes.

No sé el tiempo que pasé admirando sin más, admirando al que sacrificó su pureza para convertirme en mujer, una mujer eterna que amará eternamente a su eternidad.

Dejándole dormir, me aparte cuidadosamente, desligando con delicadeza su mano de mi cuerpo para poder levantarme.

Me cubro con su camiseta, que llegaba a esconder mi ropa interior y dejé que mis pies descalzos caminaran por el frío suelo de la habitación. En silencio me acerqué a la ventana donde el cristal me mostraba el reflejo de mi agitada y revuelta melena.

Su sigilo no me dejó descubrir que se había despertado, cuando por detrás me abrazó bajo la fina tela de su camiseta. Allí estaba él, abrazándome, envolviendo mi cuerpo que ya no me pertenecía pues se había convertido en suyo, y así pasó el día bajo ese techo único testigo de nuestra unión.

Relato: EXTRAORDINARIA COTIDIANIDAD

Autor: GARA ROMERO SÁNCHEZ

Victoria se levantó de la cama un minuto antes de que le despertase el sonido atronador del despertador. Abrió la ventana para ventilar el dormitorio, pero no notó como el mar resplandecía bajo el sol, ni tampoco que los flamboyanes de la calle ya lucían sus mejores galas.

Tras un paso rápido por el baño, se vistió y se puso lo primero que encontró, para salir con tiempo suficiente para tomar un desayuno ligero antes de entrar a la oficina. No se paró en el espejo para que su reflejo le contara lo bien que le sentaba esa camisa, ni la buena cara que tenía al haber dormido toda la noche del tirón.

Ya en la cafetería, emitió sus primeras palabras del día “lo de siempre”, dijo con voz cansada. El café le sentó de maravilla, pero no se fijó en que el camarero había adornado la espuma de su cortado con un corazón y además, había añadido una galleta, un buenos días amable y una sonrisa a su desayuno.

Siguió con su rutina, por lo que a buen paso se dirigió a su trabajo. Se sorprendió al fichar de que le habían sobrado unos minutos, pero no se percató de que todos los semáforos a su paso estaban en verde, ni de que el ascensor abrió sus puertas según pulsó el botón de llamada, ni tampoco de la felicidad del vendedor de cupones de la esquina que había dado un boleto premiado la noche anterior.

Ya en el cuarto piso, en su oficina, sin apenas mirar a su alrededor, cruzó el pasillo, llegó hasta su mesa y encendió el ordenador. Si hubiera levantado la cabeza, habría apreciado que, en la entrada, había una bandeja con sus dulces favoritos, que su compañero de oficina había decidido traer para celebrar su cumpleaños.

La jornada laboral pasó sin mayores sobresaltos, atendió muchas llamadas y respondió varios mails que llevaba tiempo postergando. Le pasó desapercibido que no había recibido en toda la mañana ni una sola reclamación ni queja, y que todos los incidentes del día se habían resuelto fácilmente y de la mejor manera, quedando todos los clientes satisfechos y agradecidos.

De vuelta a casa, paró en la frutería de siempre. No tuvo en cuenta cómo la frutera, una señora de avanzada edad que la conocía desde niña, le seleccionaba las frutas y verduras de mayor calidad.

Además, se preocupó por la salud de varios miembros de su familia y le regaló un cariñoso abrazo cuando ya se iba.

Cuando llegó a casa, se quitó los zapatos de tacón, que a pesar de lo altos que era, le habían resultado especialmente cómodos, se puso el pijama y tras cenar, se fue a la cama.

Mientras ponía el despertador, pensaba en lo aburrido y monótono de su día a día, sin ser capaz de apreciar lo extraordinario de la cotidianidad.

Relato: FUE INESPERADO

Autor: ÁNGEL MARRERO PIMIENTA

Es curioso comprender como todas las personas sueñan...Soñamos con tener un futuro mejor, con lograr un éxito anhelado desde hace tiempo, con ser correspondidos por ese amor deseado, con volver a experimentar algo casi olvidado...Quizás vivimos a través de soñar despierto como dicen...o tal vez ansiamos soñar para despertarnos de la pesadilla que puede ser para algunos la vida.

Nuestra existencia se basa en los sueños, en cumplirlos, en repetirlos...y también, en llegar a tenerlos. Yo soy uno de esos llamados "soñadores", de esos que guarda en su cabeza cada detalle, lo repite, lo modifica o incluso, se "toma sus licencias" para contar una nueva historia como si de un director se tratase. Mi cabeza cada noche prepara un gran montaje ante la próxima gran película que viviré al día siguiente...Como si fuera un guionista, imagino sin descanso las cosas que me gustaría decirle a esa persona que me muero por ver, el plan perfecto para pasar el tiempo juntos como si fuese el gran clímax de este pintoresco filme, aderezado con momentos de risas y emoción, y culminando con los espectadores poniéndose en pie ante el único e inolvidable beso...

Creo que no somos pocos los que "creamos" increíbles historias de cualquier cosa y en cualquier momento por rutinario o sencillo que el día nos permite, dejando volar nuestra imaginación hasta un viaje sin "casi retorno" hasta que de repente aparece, como un torbellino, destruyendo todo a su paso, el incontrolable y anti esquemático destructor de estos mundos ...Sí, estoy hablando de lo inesperado...

Fue inesperado...por mucho que soñé evitarlo, me enamoré de esa persona, fue inesperado la hermosa tarde que pasé con buena compañía sin pensar en nada, basta con romper tus planes en muchos momentos de cada día y solo improvisar...Y ahora mismo me encuentro improvisando esta historia, ¿Sabes por qué?, porque fue inesperado conocer este concurso...fue inesperado escribir este relato.

Nunca pensé que la vida me precipitaría al vacío tan joven. Las penosas circunstancias de mi familia me señalaban. El cordero tenía que ser sacrificado para matar la hambruna. Mi juventud se vio envejecida de golpe empujándome a los brazos de un matrimonio que se firmó sin el consentimiento de la perjudicada. Aquel agosto trajo alegría al seno familiar, las penurias pasarían por debajo de mi falda para que los demás siguieran comiendo caliente. La ceremonia no pintaba en blanco. Las flores parecían marchitas, y como estábamos de luto por la abuela, tampoco el velo pudo ocultar las olas de mis ojos. Con la maleta preparada salí de mi casa arrastrando las cadenas de mi libertad.

Esa noche la pasamos en la pensión Olvido. Cuando la vela se apagó tuve que entregar mi inocencia a un hombre que no amaba. Por mis muslos corrían gritos de sangre, mientras mi esposo yacía con Morfeo plácidamente y yo intentaba limpiar el sudor y el semen que aquel desconocido había dejado en mi cuerpo, ya mancillado. Deseé morir, pero el daño ya estaba hecho, cerré los ojos esperando el nuevo día, un día que ya duraba cinco años. Nos habíamos instalado en la ciudad. Mi alivio eran los paseos en bicicleta rumbo al parque, donde me tumbaba en el césped para subirme en las nubes imaginando que era una gota de agua condensada en su interior, que en cualquier momento se precipitaría lenta y cristalina en el mar.

Aquel año le habían ido bien los negocios a mi marido, y me prometió llevarme a ver el océano. Mis ojos apagados se iluminaron de ilusión, cuando ya quedaba poco o nada de aquella joven que fue antes del matrimonio. Cuando más me acercaba a la costa más intenso era el olor del salitre, que respiraba como un torrente de vida. La bella imagen del aquel manto azul me hizo llorar.

A la mañana siguiente, Esperanza no estaba en su habitación. Preocupado, su marido pidió ayuda para buscarla en la playa. Solo encontraron unas sandalias en la orilla y el grillete que, durante tantos años le asfixio el aliento. Su marido alzo la vista hacia el horizonte y observó a lo lejos una enorme cola de pez que se adentraba en las profundidades.

Relato: INMARCESIBLE

Autor: SERGIO CAPITÁN HERRÁIZ

Demasiado cielo y ninguna estrella en él para orientarme.

Una vez más trato en vano de doblar el Cabo de Hornos en que se ha convertido mi existencia. A tientas, entre las tinieblas, sueño con adivinar la ruta más corta al puerto seguro de tus brazos. Y atracar allí a reparar mis ajadas velas, abandonando toda esperanza de que vuelvan los alisios.

Mi brújula no atina, da vueltas sin parar, hasta que apareces en mitad de mis sueños y llenas la noche con la luz de un cuadro de Sorolla.

Y con tu nunca impostada ternura y tus gestos cariñosos, me muestras el camino a las aguas cristalinas de lo que quiere ser el Mar de las Calmas, mientras me ofreces el pecho a modo de almohada.

Yo estoy tan cansado que debiera dormirme, pero me pellizco para comprobar que estás allí y no sigo en mi eterna vigilia.

Entonces me asomo a tus ojos de azabache y veo el reflejo de todos los océanos que surcamos recogiendo lluvia en caracolas. Acaricio ese pelo cobrizo, tan suave, y mis dedos tienen la sensación mágica de estar tocando un Stradivarius.

En contraste con tu tez blanca, contemplo tus mejillas rosadas sosteniendo tu sonrisa asimétrica, que desafía el ideal de belleza griega para llevarme al panteón de mis deidades.

Sigo leyendo tu cuerpo e intuyo el cuello, tan frágil, que tengo miedo de quebrarlo tras tantos abrazos que nos fueron negados.

Me dejo para el final los labios. ¡Ay!, tus labios. Alfa y Omega. Tan acolchados, me abrigaron un invierno en mi cueva y ansío me despierten en primavera. Dulce tentación en la que caer una y otra vez. Fruta prohibida y pecado capital. Caramelo escondido que siempre termina apareciendo en algún bolsillo perdido del pantalón. Y ese beso con olor a maresía que abre todos los poros.

Me asomo a la ventana. Duerme Femés y sólo los ladridos de los perros quiebran el silencio. Alzo mi copa, y en ese preciso y precioso momento, mirando al cielo, cierro los ojos y te digo todo aquello que no fui capaz de decirte en vida. Lo que siento por ti es, simplemente, inmarcesible.

Relato: LA CALIMA DE KALIGO

Autor: JUAN CARLOS DE HARO REYES

Cuenta una leyenda, que hace miles de años las islas convivían abrazadas al continente de africano, y que en él gobernaba un rico y poderoso Rey. El monarca tenía solo una hija, y esto le traía muy preocupado ya que las leyes de sucesión al trono exigían que debería de ser varón la descendencia más cercana, y este ya no podía engendrar más hijos. La princesa se aburría en el palacio y sentía que no era libre ante la constante vigilancia que exigía su padre. Por ello su astucia y desbordantes ganas de aventura le animaba a escaparse y perderse entre los bosques. Y como era de esperarse, entre una de sus muchas escapadas termino enamorada de un simple, pero hermoso plebeyo. Los rumores en el poblado crecieron tan rápidos como el amor entre ellos. El rey dentro de su molestia y preocupación, fortaleció la seguridad hacia su hija. Pero ella una chica hermosa, inteligente y muy encantadora usaba todas sus habilidades para lograr escapar y encontrarse cada tarde con su amor. Kaligo, el joven plebeyo que se robó el corazón de la princesa. Un chico trabajador, inteligente, fuerte y guapo. Ella también se había llevado su corazón. A él no le importaba morir en mano de la guardia real y mucho menos se acobardaba ante la amenaza de su captura, a Kaligo lo único que le importaba era estar cerca de su amor. Después de algún tiempo a la princesa se le comenzó a notar un discreto crecimiento en su vientre y no tardó en saberse que lo inevitable había ocurrido. El rey pronto se convertiría en abuelo. La rabia y la ira se apoderaron del padre de la princesa. Pero, dentro de esas emociones reconocía que, en caso de ser varón tendría por fin un heredero. Aun así, su decisión fue drástica hacia Kaligo. Logró apresarlo y encerrarlo en las mazmorras. Su plan era perfecto. Él bebe nacerá sin conocer a su padre y la princesa se olvidará de su gran amor. Pero, cuando los planes se organizan bajo el ego y la frustración, la rebeldía del amor se las arregla para vencer cualquier obstáculo. La princesa era una perfecta estratega. Cada vez afilaba sus virtudes y habilidades, y así conseguir, aunque sea desde la lejanía, encontrarse con Kaligo y enviar señales de cariño. Ya esto era demasiado para el rey y ordenó cambiarlo de celda todos los días para que la princesa nunca supiera

donde se encontraba. La princesa dio a luz a un niño y futuro heredero al trono. Esta idea tampoco dio resultado. Kaligo tuvo la brillante ocurrencia de agarrar polvo y arena y arrojarla con fuerza a través de las rejas que le privaban de libertad para que así su amada pudiera identificar a la distancia donde se encontraba. La ira del rey rebosó sus límites y dio la orden de condenar a Kaligo a muerte. Furia incontenible y tristeza profunda fueron los sentimientos que se apoderaron de la princesa. Esto radicalizó sus planes de la misma forma. Al día siguiente recogió al niño, y se precipitó al bosque donde le exigió al padre que liberara a Kaligo o más nunca vería tampoco a su nieto y nadie en la familia sería digno al trono. A todas estas el pobre Kaligo, con el poco tiempo que le quedaba seguía tirando polvo y arena por la ventana, para observar el rostro de su amada, aunque sea por última vez. Pero el destino siempre tiene una curiosa forma de torcer los acontecimientos un poderoso terremoto separó los bosques donde se encontraba la princesa y el niño. La ruptura los envió directamente al atlántico, exactamente donde se encuentran hoy día las islas Canarias. Y es por eso que cada cierto tiempo, sobre las islas canarias se observa la llamada Calima. Cuando la veas, sonrío porque al verla somos testigos del amor eterno del plebeyo Kaligo que nunca ha parado de enviarle señales de amor a su princesa amada.

Relato: LA CALLE

Autor: MAGDALENA MARRERO MARTÍNEZ

Las calles son el sin sentido de la vida. Pueden ser cortas, largas, en dirección prohíba, o sin salida. En ellas podemos dejar nuestras ilusiones o llenarnos de ellas, entretenernos con el ir y de venir de las gentes que van hacia algún lugar, o a ninguna parte. Muchos ya no estarán mañana, otros se quedarán sin empleo, algunas serán golpeadas, como Aurora, que terminó colgada en el cuarto de baño de su casa ahogando el final de sus días, dejando atrás una calle imposible de transitar.

Del éxito paso a los años que no perdonan una arruga, la soledad la dejó sin argumentos, y los guiones ya no tenían vida. Su alma diezmada se perdió en él ocaso, sin luz no existe la aurora boreal. Su rostro callo en el asfalto, su sonrisa se desfiguro, y el tiempo no tuvo piedad, pues no solo te envejecen los momentos.

Al final de sus días, sus locuras fueron aplaudidas en los medios, su calle se llenó de frio olvido. Homenajes no le faltaron, pero por su calzada solo deambulaban fantasmas. El éxito llenaba su paisaje de oscuros recuerdos, esos que viajan en el tiempo igual que el polvo, pero nadie oyó sus gritos. Todos sus fans querían tener una caricatura de ella, pero su deseo era ser gente corriente. La que va y viene al mercado con su compra y pasa desapercibida, sin autógrafos, Goyas, u Oscar que a esas alturas ya le resultaban una ofensa.

Su camino se marchitó, llenando de hojas secas las aceras de su corazón. Se olvidaron de ver quien era realmente, haciendo de su delirio un reality de mal gusto, donde su declive se hizo viral, convirtiéndola en un bufón de circo que la empujó un poco más hacia el abismo donde andaba sumergida. Se apagó con un pañuelo que estranguló la luz de su lámpara, fundiendo por completo la vía en dirección prohibida hacia la muerte.

Pasado un tiempo pusieron una placa en su memoria, que llora todas las noches en la esquina de la travesía que nunca quiso tener. Amigos no le faltaron, pero si calles que cruzar.

Dedicado a V.F, pasión y poesía.

¿Sería ésa...? Mientras probaba, una sensación casi musical llegó con el recuerdo, el sonido de la llave al girar. Un sonido esperado por el que nacía la felicidad, la hora del encuentro. Eran tres clacks y el último marcaba el inicio de ese ritual que quedaría para siempre como el único momento luminoso de un trabajo impregnado de oscuridad, atrapado en el encierro. Había prometido volver a ese lugar cuando finalizara su traslado, por eso estaba allí. La puerta cedió y el sitio volvió a habitarse. Todo había comenzado la noche de la fogata. Hasta ese momento la vida se desarrollaba con la certeza de que el nuevo alcalde no cesaba de hacer crecer a San Jerónimo. Él lo admiraba como todos los pobladores que disfrutaban de su buen hacer. Se trataba de un hombre joven, amante de las ciencias y todo tipo de avances tecnológicos. Era la potencia que necesitaba un lugar pequeño y alejado de las ciudades importantes de la región. Sin embargo, la última decisión tomada marcó el final de su prometedor carrera. Había logrado hacerse con los móviles de todos los habitantes bajo el compromiso de devolverlos al final del día. Presentó como motivos la posibilidad de una extraordinaria revolución en las redes. Era tal la confianza ganada que no hubo persona que se negara al extraño pedido. Al llegar la noche descubrieron que no habían sido restituidos a ninguno de sus dueños. Los vecinos acudieron a la plaza donde sorprendidos, contemplaron los últimos vestigios de una enorme fogata. Entonces sucedió, una bruma impregnada de destellos plateados comenzó a envolverlos, brotaba de las extinguidas llamas a la vez que vestía con palabras y gestos los rostros de hombres y mujeres. Nacían abrazos y caricias. Todos habían quedado sumergidos en una inmensa escena, eran protagonistas que soltaban sus risas, sus enojos, sus miradas. Un aire tibio y suave los hacía ir de un sitio a otro. Parecían verse y tocarse después de mucho tiempo, se reencontraban emocionados. De pronto, mientras por los altavoces una voz repetía -¡IBAN POR VUESTROS HIJOS!-, los gendarmes arrastraban a un hombre para luego subirlo al coche policial. Bebió con avidez directamente de la jarra de agua que le acercaron. Fue así que Pedro Ordóñez, el guardia nocturno, se cruzó por primera vez

con el alcalde Rivarola. Pasados los primeros días, escuchar mejor las frases que éste leía en voz alta y serena se transformó en su obsesión. No entendía de qué hablaban esos libros apilados en la celda gris que custodiaba cada noche, hasta que entró accediendo a la invitación del preso y aprovechando que todos dormían, pudieron conocerse. Pedro descubrió un maestro paciente y generoso, alguien que dejaba encendidas preguntas que nunca se había hecho. Rivarola, una nueva razón para seguir sintiéndose, ante todo, humano.

Es tarde, ya de noche y me acuesto un poco cansado de haber aprovechado un largo día de verano. Me viene a la mente la incógnita de saber con qué relato podía competir ya que había sido invitado a un concurso de historias, tenía que escribir un cuento y sin darme cuenta me quedé dormido, entre en un sueño único, lo sentía real, los colores eran vivos había luces por todas partes, cuando de repente se me aparece un libro que tenía personalidad, hablaba, le entendía muy bien, con una voz indefinida no podía identificar su género, lo que si era cierto es que su voz emitía autoridad, se presentó como el libro de “La Verdad”, lo abrí y lo primero que decía era “La Verdad no existe”, me quedé perplejo, como se podía presentar así, era paradójico, cuando su voz me dijo, si en efecto es así todo es aparentemente contrario a la lógica y todo funciona de esta manera, es lo que rige al universo y al cosmos en su máxima expresión.

- ¿Cómo, qué quieres decir con eso, le pregunté al libro

- Sí, es así fíjate. Para un grupo de personas, algunas escrituras definidas como paganas son su “Verdad”, pero para otro grupo, ese libro no puede estar más equivocado, por eso lo vetan y lo definen como pagano, para estos individuos su verdad es interpretada de otra manera. Incluso en tu día a día, existen leyes y normas que te dictan, y aun así existe un grupo de personas que la interpretan de varias maneras.

- Bueno tiene sentido, pero entonces explícame, que es lo que transmites tú a través de tu lectura.

- ¿Quieres saber lo que realmente dicen mis hojas?

- Pues sí, me gustaría entenderte.

- Bueno eso depende de lo que quieras saber, política, religión, psicología, incluso filosofía.

- Entonces tú te adaptas a lo que quiero leer.

- Si, por supuesto.

- Ok, quiero saber ¿Cómo competir en un concurso de Relatos y ganar?

- Simplemente léeme lo que te queda de sueño, te indicaré lo que debes hacer.

Al día siguiente desperté escribí mi relato y competí, hice todo lo que el libro me explicó. Pero al pasar el tiempo me di cuenta, de que no figuraba entre los ganadores y me sentí frustrado, esa misma noche caí en un sueño profundo confundido con el resultado del concurso, pero sorpresa aparece otra vez el libro. Le reclamé, le critiqué que sus consejos no funcionaron, que igual que siempre no alcancé la meta que buscaba. A lo que él respondió:

- Tú leíste en mis palabras lo que querías leer, todo es subjetivo y desde el principio de nuestra presentación, te dije quién era yo, que "La Verdad no existe", todos interpretan su realidad o su manera, y es obvio que los jueces interpretaron su realidad dando ganador otro relato que para ellos era superior al tuyo, fuiste muy feliz con todo lo que leíste de mí, pero al fin y al cabo, no ganaste, tu corazón solo se enfocó en querer ganar y proyectar tu éxito a través del resultado en el concurso, pero no te das cuenta que desde que me conociste y pusiste en práctica todo lo que para ti era lo correcto, estabas sumamente feliz. Dime ¿Por qué no mantienes esa paz y esa felicidad que alcanzaste?

- La verdad, no existe, es subjetiva, tu historia es preciosa y tal vez en otro concurso puedes ganar. ¿esto te hará más feliz en ese momento? ¿solo estás contento cuando ganas? Son preguntas que te debes hacer.

Relato: LOS ADJETIVOS

Autor: JUAN LUIS RINCÓN ARES

Los adjetivos se usan para acompañar al nombre otorgándole cualidades de diversa índole. Cuando uno se siente solo llama a una agencia de adjetivos y, por un módico precio abonable en vocales y tildes, contrata la compañía de un adjetivo durante una frase o un párrafo.

Solo los sustantivos ricos pueden adquirirlos en propiedad. Así “Concepción”, un sustantivo latino que ya había tomado en renta perpetua un sufijo y un prefijo, tomó en propiedad al adjetivo “Inmaculada” y desde entonces casi no se ha usado para otra cosa.

Al divorciarse, “Inmaculada” fue manumitido y consiguió ser recalificado como nombre propio.

Y una tranquila mañana de junio un misterioso hombrecillo se presentó en la central de policía de un tranquilo pueblo pesquero de Tenerife y pidió hablar con el agente de mayor rango. Tras la inicial extrañeza, el sujeto fue conducido a una sala y al poco tiempo entró un señor uniformado y entrado en años y se sentó frente a él:

—¡Usted dirá!

—¡He matado! —dijo de pronto el hombre dejando asombrado al sargento.

—¿Qué? —exclamó el policía confuso ante tal declaración—. ¿A quién?

—¡A decenas! —respondió el extraño con total indiferencia como quien habla del tiempo— ¡Quizás a cientos!

Entonces el suboficial se quedó totalmente desconcertado antes de que el sujeto siguiera hablando.

—Hombres, mujeres, niños, ancianos... nunca me importó a quién —empezó a relatar el sujeto—. Con algunos usé cuchillos, con otros, pistolas, a otros los despedacé, los apaleé, los colgué de puentes o vigas... Incluso con mis propias manos me cobré algunas vidas. Sin motivo, sin razón. Simplemente estaba tranquilo y de pronto me entraba esa irrefrenable necesidad, y lo hacía. Otras veces me despertaba con esas ansias incontrolables en mitad de la noche y me levantaba de la cama completamente poseído por mi instinto, como el toxicómano que busca su chute en mitad del “mono”, y me dejaba empujar a las oscuras esquinas de mi alma hasta satisfacer esa negra sed. Apenas recuerdo sus nombres, sus rostros o el color de su pelo. ¡Qué más da! Sólo eran seres que me ayudaron a saciar una necesidad, una mayor a veces que el propio respirar.

Y así, muchas veces observado únicamente por la luna, llevo varios años. Viviendo por el día y matando por la noche. ¡Así que dígame usted agente! ¿Me convierte eso en un hombre malvado y horrendo o en un buen escritor?

Relato: MI MANERA DE QUERERTE

Autor: ANA GUACIMARA HERNÁNDEZ MARTÍN

Su pelo rizado caía sobre sus mejillas sonrosadas. Sus ojos cerrados acompañaban a la sonrisa perfecta. Sus sábanas blancas arropaban su cuerpo semidesnudo. Yo me tomaba aquel café admirándola. Me convencía, sorbo a sorbo, que no existía en el planeta un ser tan hermoso.

La mañana era pulcra, con unos colores que invitaban a la armonía idílica. Se despertó sonriéndome y me cogió la mano juntándola con su pecho. Ese fue el último recuerdo que pude vivir con ella.

Hace un año que me dejaste y... y yo duermo en aquella habitación en la que te amé tantas veces. Me visto y desvisto sin compañía, desayuno con la tela del sofá y me voy, cada mañana, a la rutina que me marca el calendario.

Ya nada me motiva. Ni el jazz, ni la pintura... ni la vida. Pero debo seguir, no sé muy bien el por qué.

Te quería preguntar si... si recuerdas aquella pintura, la que parecía una explosión de la vida y que presenté, sin pensarlo, al Concurso Internacional del País.

_ “Mi manera de quererte”. ¿Te acuerdas? Así decidimos llamarla.

Si cierro los ojos, escucho tu carcajada insolente, tomando un café y apurando aquel cigarrillo que estaba sentenciado a ser el último. A ser el último para cuidarnos y llegar a esa edad... a esa edad que ya no importa.

Me reflejé en tu espejo favorito cuando recibí la llamada:

_ ¡Felicidades! Su pintura es la ganadora de esta nueva edición_ El teléfono se me resbaló de las manos y me miré en el espejo. Te juro que te vi. Te vi.

_ Has sido tú, ¿verdad? _ Te pregunto sin respuesta, porque los difuntos no pueden contestarnos. Pero lo sé, cariño mío. Has sido tú. Este premio se me ha dado desde el cielo.

Relato: MÍNIMA

Autor: SOPHÍA HIDALGO HERNÁNDEZ

Cuando muera, me gustaría ser recordada como detalles ínfimos que lo cotidiano oculta. Quiero que me descubran en el pico naranja de los mirlos o en las gotas que se precipitan desde los bejeques de tejados laguneros. Me encantaría que expandieran los límites de mi corporeidad, ya diluida en ese entonces, y que me permitan habitar otras materias; yo no lo sabría, sin embargo, me basta con sus pensamientos. No pretendo ser omnipresente ni omnisciente, no seré, tan solo un grano de arena negra de Candelaria, la nota más aguda del silbido del viento, una astilla clavada, la aspiración de una ese implosiva, la uña de un gato sin hogar, la humedad del techo, un envoltorio de plástico tirado en la parada de guaguas, sal gorda, la sensación del piche ardiendo bajo las suelas en un mediodía caluroso, los pliegues de las tapas de botellas de plástico, el soplido que apaga las velas de cumpleaños, un vocativo sin comas, la hoja medio arrancada de un libro de la biblioteca, un nudo en el pelo, la graffía de alguna letra... De repente, una evocación, un susurro, un instante, es todo a lo que aspiro. La amalgama sensorial indeterminada que palpita sutil en las mentes de mis allegados. Me gustaría ser recordada sin superlativo ni diminutivo, sin idealización ni repugnancia, sino tal cual soy: una persona que reside en el detalle mínimo. Me identifico con aquello que parece insignificante. La imagen de mi vida encuadra un plano chico, que no chiquito ni chiquitísimo, donde todo cabe y donde nada sobra. No obstante, a pesar de la expansión de mi cuerpo, no existe cosa que pudiera evitar mi muerte ni revivir mis carnes. Regresarían, intermitentes, las reminiscencias de lo que fui, fotografía de sentidos, todo y nada. Supone un mero intento de retrasar el olvido que seré. Espero que el dolor de mi recuerdo sea también mínimo. Lo espero porque no podré rogarles que adelanten mi olvido.

Relato: MONDO TECNOLÓGICO

Autor: JUANMA RUÍZ SUÁREZ

El móvil, pertrechado con perfecta cobertura y recién cargada la batería, dispuesto sobre la mesa del comedor. La tablet, que raramente es utilizada, dormitando en compañía del televisor. El ordenador en perpetuo funcionamiento, procesando un trabajo de cierta dificultad, mientras descarga algunos archivos y pugna por abrir una colapsada página en Internet. El teléfono inalámbrico... no sé, perdido quizá entre los cojines del sofá, esperando una llamada que lo rescate del mutismo. El aparato de música encendido, sintonizada la radio en nuestra emisora predilecta: Juan Suárez nos transporta a lomos de su libélula para sumergirnos en músicas sorprendentes y textos edificantes.

Ella, por su parte, despreciando toda esta oferta de ocio electrónico, se encuentra de pie frente a la estantería, seleccionando entre distintas posibilidades un próximo libro para leer. Yo, intentando no hacer ruido, me acerco por su espalda y la atrapo entre mis brazos, la estrecho contra mí, mientras ella, sumisa, se abandona.

Supongo que puede parecer absurdo, casi anacrónico, pero me tranquiliza pensar que en plena era de las telecomunicaciones, aún soy capaz de decirle lo mucho que la quiero con un simple abrazo.

Relato: NOCHES ENFERMIZAS, DÍAS DE CONVALESCENCIA

Autor: DOMINGO BATISTA MARRERO

Hace años que recorro a fantasías en las noches para poder conciliar el sueño y mi mente me obliga a pensar en musas para poderme dormir. En aquellas que ya no están, n aquellas que nunca estuvieron. Imagino momentos que hubiera querido vivir a su lado y los uno como si fueran fotogramas de una película muda hasta el punto de crear escenas que mi mente ilusa aún cree posibles. Y es entonces, cuando ando sumergido en esta fantasía interior sin mucho o ningún sentido, que me duermo. Al dormirme la verdad es que poco o nada cambia; Personas que no pegan en esos lugares, palabras que no pegan en esas personas, gestos que no pegan en esas palabras... Me paso los días durmiendo sin sueño y las noches vagando sin alma. Esos días que difieren poco de esas noches, y esas noches que consisten en dar vueltas en mi cama solitaria pensando en aquellas que quisiera que me acompañaran. He pensado en poner fin a este sinsentido y partir por las malas de este mundo que se me antoja tan injusto, pero ilusamente me engaño a mí mismo con la esperanza de que un día se cumplirán mis sueños, de la misma manera que el enfermo terminal se aferra a una posible cura hasta su último suspiro de vida. Y así, en este mundo de ilusiones transcurre la vida de este loco, mientras que en la otra, en la real, los años pasan para hacerme cada vez más viejo, más iluso, más loco.

Relato: NOSTALGIA

Autor: BÁRBARA RODRÍGUEZ MARRERO

Nacida en el 23 de madre nativa y padre extranjero, de las pequeñas de siete hermanos.

- Recuerdo un río, palmeras, gallinas sueltas que persigo, recojo los huevos dentro el cañaveral. Voy a jugar, la frase de mi madre “Ten cuidado con juntera”. Agua potable en casa, luz en las calles.

Los recuerdos se apresuran a raudales en mi mente, veo la enfermedad de mi madre que no mejora, preocupación en la cara de mi padre. Escucho la voz en una conversación que no entiendo, de intercambio de bienes entre los que están llegando y los que quieren retornar.

Registro de hijos, todos el mismo día, aunque mis hermanos ya son mayores. Mi padre obtiene los papeles, ¡Nos vamos!

Una foto familiar delante de la casa, como despedida, imagen tangible de nuestra partida. A lo lejos, se pierde la vista de la isla. Tristeza en la mirada de mi madre, tarde entendí que sabía que moriría lejos de su tierra.

Un mes en barco, por fin llegamos a puerto y desde allí en camello. En un baúl las pertenencias de nueve personas.

Desolación. Incumplimiento en el acuerdo de intercambio de bienes, no hay casa donde vivir. Nos recoge una tía paterna, pasamos quince días durmiendo diecisiete personas en un cuarto. Nos entregan la mitad de los bienes pactados, solo tenemos media casa.

Pasan tres meses. Muere mi madre, no tengo consuelo. Hay oscuridad en las calles, no hay agua en casa tenemos que ir lejos a buscarla, me siento triste.

Quiero regresar al pasado, volver a mi isla donde nací, donde jugaba feliz y perseguía gallinas. Quiero escuchar la advertencia de mi madre “Ten cuidado con juntera”.

Crecí y envejecí, siempre recordé mi casa, mi tierra y añoré mucho a mi madre.

Elena y Carmela, madre e hija, murieron deseando volver a su Cuba natal.

Han salido a dar un corto paseo, cumpliendo con las recomendaciones del doctor.

- ¿Será que hoy llegamos hasta el Castillo?

- Claro, vamos- Responde Emilio aligerando el paso, ayudándose de su bastón.

Candela lo observa con ternura, pues a pesar de los surcos de su piel, los pocos hilos de plata que cubren su cabeza y las mil y una huellas en su cuerpo, Emilio, a sus 91 años, sigue siendo un fiel reflejo de lo que fue, un hombre fuerte, luchador y enérgico.

- ¿Qué tal has dormido hoy?

- Pues fíjate tú que ahora mismo no me doy cuenta de si dormí bien o no.- Medita unos instantes y continúa- Supongo que sí, porque los días que no duermo bien me levanto "turuleco" y hoy me encuentro bien.

- Me alegro mucho papá. Hay que aprovechar los días buenos ¿verdad? ¿Y qué desayunaste?

- Pues, supongo que lo de siempre. Tu sabes que mi desayuno es leche y gofio, pero, si te digo la verdad, no recuerdo habérmela comido.

- Pero ¿no tienes hambre ahora verdad?

- Tal y cómo he sido siempre para la comida y el apetito que tengo, sin comer seguro que no estoy.

Ya de regreso, tras unos instantes en silencio, Emilio dice algo apesadado:

- Tengo que decirle a tu madre que nos tenemos que organizar para ir a ver a mis hermanos, que ya hace mucho que no les veo.

Su hija le observa contrariada, pues todos sus hermanos, mayores que él, han muerto a lo largo de los últimos 25 años y piensa cómo decirle.

- Pero papá, tus hermanos están todos difuntos. Recuerda que tú eras el menor de todos y ya tienes 91 años.

- ¿Cómo? ¿que todos están muertos? ¿Y cómo no nos avisaron para ir a sus entierros?

- Sí que hemos ido ¿no lo recuerdas? Creo que al de Seberiano no fueron ustedes, porque mamá estaba algo malita y tú no quisiste dejarla sola.

- No puede ser. De ser así yo me acordaría- Afirma con gran disgusto.
- No te apures papá, sabes que últimamente se te olvidan algunas cosas, pero tranquilo, que no pasa nada.

A Candela le invadió un sentimiento de cariño y ternura hacia el hombre que había hecho tanto durante toda su vida por la familia, sintiendo que quizás ahora ella no hacía lo suficiente, que debía organizar mejor su agenda para pasar más tiempo con él y su madre.

- No te preocupes papá, que lo que no recuerdes, ya te lo recordaremos nosotros, tus hijos y nietos, bueno y la que más, seguro, mamá. Porque, aunque tu olvides, nosotros no te olvidaremos nunca.

Relato: PASEO NOCTURNO

Autor: GARA ROMERO SÁNCHEZ

Como cada noche, Bentor salió a dar un paseo para disfrutar del sonido del mar. Siempre caminaba desde el final de la Rambla de los Menceyes, luego bajaba por la Calle Triquivijate, para continuar por la Avenida Marítima hasta el kisoko de Fran, frente al Ayuntamiento. Normalmente, ahí se daba la vuelta y volvía sobre sus pasos cansados. Sin embargo, hoy no iba a seguir la ruta habitual. Cuando llegó a la entrada de La Hornilla, bajó corriendo por la rampa y se situó justo enfrente de la barandilla, abrió sus alas, y con un salto al vacío, comenzó a sobrevolar el mar. Vio el Club Náutico La Galera, la piscina y llegó hasta la Playa de Olegario. Pasó por el Puerto y siguió admirando el litoral sobre la Playa del Alcalde. Se había hecho tarde, era mejor que volviera...¡pero es que era todo tan bonito desde esa perspectiva! Cogió impulso y en dos aleteos, estaba ya en la cueva de Achbinico.

Era la primera vez que conseguía volar, pero no le extrañó, sabía que una vez se ponía el sol, todo era posible. La noche era cálida, con una ligera brisa agradable que moderaba la temperatura, y no tenía ninguna intención de volver a casa. Desde lo alto de la cueva, veía la luna llena, brillante en un cielo sin nubes. Sin mucho pensar, puso rumbo al infinito. En su ascenso se cruzó con varias caras familiares que solían hacer deporte por Candelaria a esa misma hora, ¡se ve que muchos habían tenido la misma idea que él!. De pronto, reparó en un niño que no volaba, había encontrado su sitio y jugaba tranquilo. Sin duda alguna, era el Principito en su pequeño planeta. Lo saludó amistosamente, pues aunque nunca se habían visto en persona, hacía mucho tiempo que se conocían. Le preguntó por las semillas de baobab, por el viejo aviador, por la serpiente y por supuesto, por la flor. Se alegró mucho al saber que todos estaban bien, por fortuna, ese cuento todavía no había terminado para ellos. Cariñosamente se despidió, prometiendo volver pronto de visita, y siguió su camino.

Continuó volando y volando, durante horas, y la luna seguía muy lejos, grande y preciosa. Se paró, cogió resuello y contempló la azul inmensidad. En ese momento, se rindió al valor de lo intangible, al

encanto de lo inaccesible...porque como dice el poema "...toda la vida es sueño, y los sueños, sueños son."

Y Bentor se despertó sonriente en su cuna, sabiendo que por la noche, le aguardaría otra increíble aventura.

Relato: PLATANERAS

Autor: PAOLA TENA RONQUILLO

–Allá abajo todo eran plataneras -dice el abuelo.

Y Julia se recuerda a sí misma corriendo entre las hojas enormes, apartándolas con las manos, a veces haciéndose daño. Recuerda pero no puede, porque eso pasó sesenta años antes de que ella naciera.

–Todo verde.

Y Julia no mira el yermo frente a ellos, sino a él, sus ojos encendidos, viendo hacia adentro.

Los pies de los peones hacían rac rac entre la hojarasca, las espaldas capaces de cargar una piña de plátanos sin apenas esfuerzo.

–Hasta que daba la una. Entonces todo se paraba. Había una olla grande en medio del patio, con trozos de cherne, papas hervidas.

Y Julia huele el guiso y le entra hambre, le suenan las tripas, se pregunta si habrá pan en la mesa. Pero hace mucho que ya no queda nadie más que ellos. No hay más pan que el que ella pueda encontrar en la alacena.

–El plantón madre se corta con el hacha. A la hija se le cuida para que crezca.

Y Julia no escucha la historia terrible, porque se distrae con la flor enorme y púrpura, más grande que su cabeza. Deja los ojos de su abuelo para, ahora sí, mirar el yermo. De su esterilidad marrón brotan tallos tímidos, plátanos en miniatura, algarabía de voces. Verde exuberancia. Y cierra los ojos, los aprieta bien para que nada se le escape. Para que su abuelo pueda, por fin, volver a ver.

Relato: PROHIBIDO OLVIDAR

Autor: JEAN CARLO DE HARO

Conecta con tu ser, inhala.
Es aquí, ahora, el presente.
Suelta, vuélvete a ver, exhala.
Silencio, como un niño en el vientre.
Crea un hábito y comprométete,
todo túnel negro, tiene iluminación.
Lo más importante es amarte,
y podrás sentir la conexión.
El mundo, son piezas de lego,
tu mente es tu empleado, no tu dueño.
Recuerda, domina tu ego
y podrás conseguir tus sueños.
¿Qué te falta? cierra los ojos.
¿Olvidaste lo que tenías al nacer?
Te autodestruyes con tu enojo;
te olvidas que ser, es más que hacer.

Relato: RESPIRA TU SILENCIO

Autor: JEAN CARLO DE HARO

Mi mayor regalo, te haré dejar.
Te regalo el agua, te regalo el viento.
Te regalo fuerzas, para que vayas a buscar,
todo eso que te deje sin aliento.
Mi mayor regalo, te haré dejar.
Te regalo el fuego, te regalo la tierra,
te regalo ganas, para poder encontrar,
todo eso que en la vida quieras.
Mi mayor regalo, te haré dejar.
Te regalo a ti, los cuatro elementos.
Te regalo amor, para que puedas dar
y compartir con los demás este sentimiento.
Quinto elemento prohibido olvidar (a) mar

Relato: SALTOS CUÁNTICOS

Autor: JOSEFINA MARGARITA OTERO SOLLOSO

Se acostó nuevamente, como cada noche, sobre aquel cutre colchón deshilachado, agotada. Siempre trataba de acoplar su corazón en aquel estrecho espacio que él le dejaba, en dónde sus sueños huían por entre los muelles rotos. Nadie sabía que aquella era su puerta al infinito. Tan pronto comenzaban los ronquidos sabía que era libre. Cerraba entonces los ojos y lentamente su alma comenzaba a despegarse de su cuerpo. Se elevaba flotando a través de las sombras y a velocidad vertiginosa salía por la ventana.

Subía alto, muy alto, sin mirar atrás... Cruzaba valles y montañas, océanos y playas. Surcaba el horizonte, ascendía bailando entre las nubes, agarraba las estrellas, rodeaba los planetas, usaba de tobogán sus arcoíris y descendía a alguno de ellos, todos iluminados por cinco o más soles. Daba saltos cuánticos entre universos paralelos buscando a su alma gemela. Las mariposas la seguían y los delfines la invitaban a bucear. A veces tan solo se dormía y soñaba con que su amor eterno aparecía y la besaba, así, como en sus cuentos de hadas preferidos. Música celestial acompañaba sus viajes. Tan solo el llanto de un niño la hacía regresar a continuar sus funciones en aquella cárcel, en que, sin quererlo, se encontró un día.

Relato: SOLITARIOS

Autor: JUAN LUIS RINCÓN ARES

Exprimían con desconsuelo sus móviles. Repasaban la agenda y marcaban con ansiedad, buscando palabras de bálsamo, apenas unas migajas de compañía sonora. Cosechaban, una y otra vez, respuestas de vacío virtual o corteses mensajes de entes electrónicos invitándolos a volver a intentarlo. “Guadalupe, echo de menos tus lentejas. ¿Me perdonarás algún día?”, dejó grabado el más viejo.

En el tercer piso, sobre ellos, Milagros acababa de terminar las suyas y el aroma escapaba inundando la plaza.

“¿Dónde estás, Manolo? ¿Sabes qué me apetece comer hoy?”, grabó el segundo con la esperanza de que su mensaje cruzara el abismo que la muerte le impuso.

El tercero, el hijo de Milagros, llamó para oír la voz de su madre un día más. Milagros levanto rápida el auricular. “Juan, ¿eres tú? Vuelve a casa, por favor. Hoy tengo preparadas unas lent...” Colgó Juan y, como cada día, salió huyendo de la plaza antes de que su anciana madre se asomara al balcón.

Ni siquiera una vez cruzaron un saludo, una mirada entre ellos, náufragos eternos en la misma isla de adoquines, humo y soledad.

Relato: TRAGEDIA

Autor: JUANMA RUÍZ SUÁREZ

El aroma que desprendía aquel río contenía una complejidad que su nariz no era capaz de estratificar, pero que le producía una profunda tristeza por el derroche que suponía.

Un imbécil con un hacha había arremetido contra el frontal de cientos de barricas, reventándolos en mil pedazos para provocar aquella escorrentía de vino carente de sentido.

Se sentó a la orilla para disfrutar de sus olores, sin animarse a catar sus sabores, lamentando no haber llegado a tiempo para evitar la tragedia.

Sin embargo, enseguida se percató de que según avanzaba, el caldo disolvía una raya que otro imbécil, muchos años antes, había pintado en el suelo, y que con ella se difuminaba la frontera que representaba. Como consecuencia, dos pueblos que habían crecido el uno de espaldas al otro comprobaron que el mundo se extendía mucho más allá de aquella raya absurda, y comprendieron que sus proyectos de futuro tendrían muchas más posibilidades de éxito si continuaban su camino cogidos de la mano.

Sonrió por fin, pensando que definitivamente el imbécil del hacha no lo era tanto, y que jamás el vino tuvo un mejor cometido.

Autor: JOSEFINA MARGARITA OTERO SOLLOSO

Le dijo adiós tres veces, en italiano, y colgó (olvidando que ella le había dicho que odiaba esa despedida). Él no lo sabía, o sí, pero él acababa de decir el adiós que rogó nunca pronunciar y por triplicado. Ella se había despedido infinidad de veces, pero nunca colgaba... Haciendo honor a una novela, había sido el más largo adiós que se hubiese pronunciado jamás. Había durado casi cinco años y aún ahora se negaba a decirlo...

Trató intensamente de cumplir su ruego, lo intentó todo sin éxito, pero él escogió detenerse y quedarse en una estación de su pasado, la cual ella no pensaba compartir más. Tenía claro que deseaba un futuro lleno de lluvia de besos, de instantes y de amor eterno. Ella le había ofrecido todo su océano, y él solo le había correspondido con gotas de rocío de un desierto.

Se subió al tren y se sentó en su asiento dando la espalda a su destino, ese que ella eligió al comprar el billete; esa puerta que no se atrevía a abrir de frente porque seguía mirando atrás, en dirección contraria a su marcha, del mismo modo que viajaba en ese tren...

Todos los pasajeros de ese vagón viajaban sentados en sentido contrario, ¿casualidad o ironía?

Sus pensamientos se agitaban con el vaivén. Le había gritado que la detuviese, recurriendo a su promesa de no dejarla marchar, pero él hizo oídos sordos a sus ruegos...

Ninguna respuesta satisfactoria a tantas declaraciones de un amor incomparable; ni un solo te quiero que no hubiese habido que arrancar en mucho tiempo... Ninguna señal de stop... Solo silencios y aquella llamada que ella misma pidió...

Un deseo de buen viaje, en la mañana, le pareció que la empujaba a subir, así que siguió adelante, porque ella deseaba que esos pasos fuesen la goma que borrara tanto desamor, tantas horas de espera, tanta soledad, tanto vacío.

La esperaban unos brazos abiertos, unos oídos atentos, y un corazón emocionado que no estaba partido en dos..., aunque el suyo sí lo estaba; una mitad se quedaba en otra estación, en una bahía, anclada a un

sentimiento que nunca olvidaría, a momentos grabados a fuego en su alma y en su ser... Nunca más podría dar su corazón entero a nadie porque lo había entregado y ya no le pertenecía... (aunque se lo hubiese roto mil veces, de mil maneras y en más de mil pedazos), pero estaba dispuesta a que su otra mitad latiese fuerte nuevamente, al lado de alguien que quisiese escuchar su latido para siempre y no solo dos horas a la semana.

Acabó de escribir estos sentimientos y justo el tren cambió de sentido. Enjugó sus lágrimas, miró por la ventanilla. Ahora, aunque llena de dudas y temores, al menos ya viajaba de frente a la marcha.

Relato: UNA VIDA, UN ABRAZO Y UN CAFÉ

Autor: JOSÉ VICENTE DELGADO VELÁZQUEZ

El abuelo y el nieto se sientan juntos al borde de la huerta, mientras los pájaros cantan y el sol brilla en el cielo. El abuelo, con sus manos desgastadas por años de duro trabajo con azufre y cemento, acaricia la cabeza del nieto mientras sostiene una taza de café caliente y humeante. El aroma entra por las fosas nasales del nieto y el abuelo, entre sorbo y sorbo, le cuenta historias de su juventud. A pesar de la diferencia de edad y de vivencias, abuelo y nieto comparten una conexión especial. El abuelo admira la curiosidad y el entusiasmo del nieto por aprender, mientras que el nieto admira la sabiduría y la fuerza de su abuelo. El tacto áspero de las manos del abuelo, marcadas por años de trabajo duro, parece transformarse en seda cuando los brazos del abuelo rodean al nieto. Es una curiosa paradoja sentir la aspereza de las manos de alguien y, al mismo tiempo, la suavidad de su cariño. El nieto se siente reconfortado y protegido por el abrazo del abuelo.

Los ojos del niño se fijaron en el abuelo, poco a poco comenzó a desdibujarse como si fuera una imagen en una hoja de papel que se desvanece con el tiempo. En su lugar, apareció una taza de café caliente con el vapor saliendo lentamente. El nieto, ya adulto, sintió un escalofrío recorriendo su cuerpo mientras el aroma del café llena sus fosas nasales y despierta un sentimiento de añoranza en su corazón. Extrañaba el áspero tacto de las manos de su abuelo, marcadas por años de trabajo duro en la tierra, y el suave tacto de su alma que lo envolvía en cada abrazo. La esperanza de una nueva oportunidad se desvaneció rápidamente cuando abrió los ojos y se dio cuenta de que el tiempo era implacable, que no había manera de recuperar lo perdido. No importa cuánto deseara volver atrás y pasar más tiempo con su abuelo, el tiempo ya había pasado. La tristeza se apoderó del nieto, hasta que recordó todas las cosas hermosas que había compartido con su abuelo, todas las enseñanzas y los recuerdos que lo habían hecho quien era hoy. Levantó la taza de café frío en su mano en un brindis silencioso por su abuelo, y tomó un sorbo.

El sabor amargo del café le hizo fruncir el ceño, pero también le recordó que incluso las cosas más simples y cotidianas podían tener un

significado profundo y emotivo. Y así, el niño decidió que no importaba que el tiempo ya hubiera pasado, siempre recordaría a su abuelo y todos los momentos felices que habían compartido juntos. Brindó de nuevo con la taza de café frío y dejó que los recuerdos lo inundaran de nuevo, sabiendo que aunque el tiempo no era negociable, los recuerdos eran suyos para siempre.

Relato: VOLVER

Autor: IVÁN LEÓN ALONSO

Acababan de anunciar por megafonía que en veinte minutos aterrizaríamos. “Por fin”, pensé. Me quité los cascos. Llevaba la mitad del viaje escuchando a Lil Nas X en bucle y ya me dolían las orejas. El frío seco del aire acondicionado se mezclaba con el calor que generaban los asientos de polipiel. Una pierna estirada y otra doblada que alternaban de posición ya que tenía que compartir el espacio debajo del asiento con la mochila. Las casi cinco horas que separan Bucarest de Gran Canaria se me estaban haciendo eternas.

Regresaba de pasar unos meses viajando por Rumanía y Bulgaria mientras teletrabajaba. Cada semana cambiaba de lugar: monte, ciudad, costa. A veces airbnbs, a veces hostels. Unas semanas hacía amigos cada día y otras las pasaba completamente solo. El desgaste aumentaba, pero en mi mente no pasaba la idea de volver. Quería que mi vida fuese un viaje constante, seguir descubriendo sitios, probando comidas, escuchando lenguas nuevas.

Mis planes cambiaron de golpe cuando la empresa me dijo que volvíamos a trabajar presencialmente el mes siguiente. Y no en Tenerife, mi isla, sino en Gran Canaria, donde iban a estrenar oficina. La noticia me frustró bastante. No me apetecía nada regresar. Tenía que volver para algo que ya hacía perfectamente de forma remota y encima en una isla distinta. Puse resistencia, pero mi escaso poder de decisión hizo imposible que me saliese con la mía.

Desde el asiento del medio podía ver un poco por la ventanilla. A lo lejos se divisaba la isla y unos molinos de energía eólica casi diminutos desde mi perspectiva. Me recordó un poco a cuando volvía a Tenerife en avión. Tras aterrizar, la cola de pasajeros avanzaba lentamente hacia la salida. Al acercarme a ella sentí un viento suave y cálido que instantáneamente me puso de buen humor. Los colores del cielo se sentían más vivos aquí. Salí y escuché a los operarios de la rampa hablar. Ese acento sonó a gloria en mis oídos. Me coloqué de nuevo los cascos y, sin saber bien el motivo, puse Mi isla / 10k de Cruz Cafuné mientras iba a la zona de recogida de maletas. Estaba abrumado de sensaciones. Llevaba casi un mes en modo hurraño por tener que mudarme a Gran Canaria, sin

embargo, ahora estaba casi emocionándome de estar aquí. Sabía que no había nadie esperando por mí cuando saliese de recoger la maleta y que nunca había estado en este lugar. Pero sentía que estaba en casa.